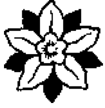
487

AÑO X. - 1902. AÑO 5004 DE KALY-YUGA



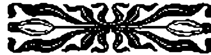
SOPHÍA

REVISTA TEOSÓFICA



ORIENTALISMO, GNOSTICISMO,

KABBALAH, OCULTISMO.



REVISTA MENSUAL

FUNDADA POR

D. FRANCISCO DE MONTOLÍU Y DE TOGORES

PRIMER PRESIDENTE DEL GRUPO ESPAÑOL DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

MADRID

Calle de Atocha, 127 duplicado.

ÍNDICE DE 1902

Páginas.



Imp. J. Palacios, Arenal, 27.-Madrid.

ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

AÑO X

Al saludar al nuevo año, que es el décimo de nuestra publicación, cúmplenos declarar una vez más la convicción profunda que nos asiste acerca de la verdad y realidad de las enseñanzas que venimos difundiendo, convicción tanto más arraigada, cuanto que los últimos descubrimientos científicos han venido á confirmar de un modo evidente muchas de las aseveraciones hechas de antemano en las obras teosóficas. Ya el descubrimiento de los rayos X, la fotografía de lo invisible, las heridas causadas en los hipnotizados por picaduras hechas en sus imágenes fotográficas, la desintegración de materia y su reintegración en otro sitio adonde habia sido trasladada por corrientes invisibles, son asuntos que han aparecido en las revistas científicas y ocupan la atención de los sabios, como cuestiones resueltas los unos, y como objetos de más detenido examen los otros. Pero á última hora otros dos nuevos trabajos de hombres de ciencia han venido á poner sobre el tapete dos cuestiones importantísimas, de que damos cuenta en el presente número, demostrando la realidad de los conocimientos ocultos que poseen los Maestros de Sabiduria que han inspirado las obras de los escritores teosóficos.

Refiérese la primera á los cálculos hechos por Mr. Forbés sobre la existencia de un planeta más allá de Neptuno; la segunda es el problema planteado por Herr Hoeckel sobre la procedencia del mono de la especie humana, muy al contrario de la teoria sostenida por Darwin y

por Haeckel de que el hombre procede del mono. Ambas novedades están conformes con anticipaciones consignadas en obras teosóficas, escritas hace años por Mr. Sinnet, uno de los primeros propagandistas de las verdades ocultas, y por Mad. Blavatsky, la egregia fundadora de nuestra Sociedad.

Ya había anunciado esta mujer notable que la ciencia iba entrando á más andar en el dominio de lo oculto, y que llegaría al descubrimiento de hechos que pondrian en entredicho las hasta entonces confirmadas leyes de la física. Así, el primer grupo de descubrimientos que hemos indicado, no ha podido por menos que hacer oscilar los fundamentos del edificio científico construido por los predecesores de la actual generación de sabios, visto que las leyes consagradas por ellos no responden á una serie de fenómenos que las transcienden y las niegan, desvirtuando la seriedad de una construcción en que no caben hechos para cuya explicación hay que acudir á resortes desconocidos á las inteligencias formadas en los moldes oficiales. Ha podido, pues, hablarse con razón de la bancarrota científica, puesto que el capital social no es bastante á responder de las deudas contraidas que exigen su pago en fórmulas concretas, en explicaciones concertadas, en leyes que abarquen la totalidad de los hechos estudiados, no satisfaciéndose con vaguedades, con insinuaciones confusas, con hipótesis desmedradas que ni aun sirven de expediente para salir del paso. Con tales procedimientos, la ciencia no es otra cosa que un registro general de fenómenos rotulados con nombres griegos y latinos, más ó menos pomposos, que cubren el desconocimiento completo del origen de los hechos.

¿Qué hay de positivo en las enseñanzas científicas para explicar la causa de los fenómenos eléctricos, cuya aplicación á la vida práctica se va generalizando hasta el punto de abarcar todo el campo de la actividad física? ¿Qué se sabe acerca del misterioso agente que ilumina por arte mágico calles y plazas, teatros y moradas, que pone en movimiento las máquinas más potentes y lanza en vertiginosa carrera los más pesados vehículos? Nada. Un nombre, una palabra, es todo lo que poseemos. El arcano continúa bajo la brillante manifestación de sus múltiples efectos, actuando en el seno de aparatos sin número, sin que el sabio que lo aplica, sepa más de él que el ignorante que lo emplea de un modo rutinario.

La constancia meritísima de los investigadores ha conseguido arrancar secretos á la naturaleza y aplicarlos á la satisfacción de las necesidades humanas; pero la índole de las fuerzas que emplean, su origen, la matriz de donde salen, es un campo completamente inexplo-

rado. Los hechos se registran; las causas permanecen en el misterio.

Y en su vista, ¿tiene razón la ciencia oficial para jactarse de su suficiencia y tratar con desdén á la Teosofía, que enseña el camino para llegar á descifrar tales enigmas? La Teosofía indica el medio de desarrollar facultades y sentidos que existen en estado de latencia en todos los hombres, con el empleo de los cuales se logrará ver la infinita serie de fenómenos ocultos á nuestra mirada física, la cual apenas alcanza á los producidos por un corto número de vibraciones de las innumerables que palpitan en el seno de la naturaleza; facultades y sentidos capaces de penetrar en los profundos abismos del ser, donde se fraguan las causas, donde actúan como leyes las fuerzas invisibles que engendran los hechos externos. Por el desarrollo de estos poderosos medios, les ha sido dado á los Maestros de Sabiduría el conocer los secretos de la naturaleza de que están llenas las enseñanzas que nos han comunicado y nos siguen comunicando. En hora buena que nieguen los sabios la existencia de estos seres elevados, tan sólo porque ellos no han alcanzado tales capacidades, midiendo así por su propio rasero las posibilidades de la naturaleza; pero lo que no podrán negar en serio, ellos que creen en la ley evolutiva universal, es que así como el impulso de la evolución ha colocado una distancia tan inconmensurable entre su inteligencia científica y la del infusorio que se agita en el cieno, así también ha podido elaborar inteligencias de altura tal, que, comparados con ellas nuestros hombres de ciencia, aparezcan como infusorios que pululan en el fango de la materia. Mas, ¿qué decimos que han podido elaborarse tales inteligencias? Han debido producirse, sin duda alguna, aunque nosotros ignoremos el cómo y el cuándo; porque la realidad de la existencia tiene que abarcar y comprender todas las posibilidades de la evolución, pues de otro modo no sería infinita; y sería un sarcasmo indigno de cualquier mediano pensador, ponerle el límite de su propia talla intelectual.

Y si tales inteligencias deben existir, ¿dónde está el inconveniente de que aparezcan en este bajo mundo para nuestra ayuda y adelantamiento? ¿Negarían acaso los hombres de ciencia que la solidaridad universal es una ley? Si todos los mundos que se mueven en el espacio forman con el nuestro un todo armónico, ¿qué inconveniente habría en que nos comunicasen su conciencia, sus adelantos intelectuales, para nuestro aprovechamiento espiritual, así como nos comunican su vida y su luz para sostenimiento de nuestra existencia material? ¿Y no habríamos de creer esto posible, porque no veamos las corrientes de los espi-

ritus pasando de uno á otro cuerpo celeste, como vemos la luz del sol fluyendo hacia los mundos planetarios?

Las altas inteligencias que han guiado la raza humana desde que apareció sobre la tierra, instruyéndola en consonancia con su estado intelectual incipiente, gobernándola, inspirándola sentimientos elevados por medio de las fórmulas religiosas que eran susceptibles de comprender, eran espíritus excelsos, frutos sazonados de remotísimas evoluciones humanas, verificadas en otros planetas más viejos que nuestra tierra; y cuando sonó la hora de comenzar en ésta la evolución de una nueva humanidad, recibieron la misión de dirigirla; y considerándola como á sus hermanos menores, hijos del mismo padre, el Espíritu Universal, del que todos procedemos, el Alma del Mundo, el Dios Supremo de nuestro Universo Solar, consumaron el sacrificio de abondonar las gloriosas esferas que eran su morada, para dedicarse á la ímproba tarea de elevar á la condición de espíritus á las humanas criaturas apenas salidas de la evolución animal. Extraño podrá parecer esto á los que tengan empotrada en su alma la idea peregrina de que unos cuantos milenios de desarrollo propio, no ayudado por superiores agencias, pueden llevar á una bestia hasta las regiones de la más abstrusa metafísica, hasta las abstracciones de la filosofía más espiritualista, hasta los arrobamientos, exentos de toda forma, de los misticos más sublimes Por lo que á nosotros hace, semejante ascensión sería imposible. Sin la presencia de seres que hubiesen infiltrado en el alma embrionaria del hombre primitivo ideas superiores á la vida del bruto, de que aún no había salido, despertando el lento desarrollo de sus facultades con la descripción de esferas ideales de vida, y con la presentación de entidades celestes envueltas en el esplendor de las alegorías religiosas, jamás habrían salido á luz las ideas arquetípicas de Platón, la Trimurti indostánica, la efusión del amor de cristianos y buddhistas, el Logos alejandrino y tantos y tantos otros conceptos y pensamientos que hienden el espacio infinito en busca de su fuente invisible.

Esas inteligencias superiores han encarnado en la tierra, porque eran indispensables para nuestro progreso. Y como aún está la humanidad necesitada de tutela, siguen encarnando y vigilándonos para aprovechar los momentos oportunos de prestarnos sus auxilios en forma de enseñanzas redentoras. Así han transmitido las doctrinas teosóficas á las personas que han tomado á su cargo el propagarlas. Y si los hombres de ciencia fuesen capaces de abandonar sus prejuicios y estudiarlas con detenimiento, verían claramente que forman un todo completo, con un engranaje cerrado que resiste á la crítica más severa,

constituyendo una clave segura que responde á todas las cuestiones y resuelve todos los problemas. En tales condiciones es insensato mirar con indiferencia lo que podría servirles de piedra de toque para aquilatar las verdades científicas. Ante el ejemplo de las anticipaciones hechas por la Teosofía respecto á la existencia de planetas más allá de Neptuno y de la procedencia de las especies simias, en vías de confirmarse por los estudios de los últimos investigadores, obrarían con prudencia y rectitud tratando de armonizar sus trabajos con las enseñanzas de los Maestros de la ciencia arcáica que tales y tantas garantías de acierto les ofrecen. Así marcharían con paso firme dentro de sus propios métodos, mientras les llegaba la hora de aplicar los procedimientos más seguros del Ocultismo, que algún día serán patrimonio común de la humanidad entera.

¿Aceptarán nuestros sabios el consejo? No desesperamos de conseguirlo. Muchas ilustraciones de la ciencia oficial forman ya al lado nuestro en las filas de la Sociedad Teosófica; la razón se les ha impuesto; y no dudamos que la misma luz se abra paso en las mentes de todos los hombres que de buena fe estudian la naturaleza. Lentamente, pero sin interrupción, cunden las verdades que proclamamos en los más altos niveles de la raza humana, donde viven las inteligencias que tienen aptitudes para asimilárselas.

LA REDACCIÓN.



VINDICACIÓN

DE LA MEMORIA DE MAD. H. P. BLAVATSKY.

En nuestro número anterior reprodujimos la valiente protesta de la Rama Dharma, de Ginebra, contra la agresión de algunos periódicos de aquella localidad en contra de nuestro venerado maestro H. P. Blavatsky, agresión de que se hizo luego eco un semanario de esta corte, *Alrededor del Mundo*, que sin duda lo copió de los referidos periódicos, con el acierto que le caracteriza para recoger fantasías que luego regala á sus lectores como plato exquisito de curiosas *verdades nuevas*. Y hoy, con satisfacción indecible, reproducimos del núm. 37 de nuestro tan ilustrado como sesudo colega *Gente Vieja*, la comunicación que á

dicho periódico dirigió nuestro muy querido amigo y compañero don José Xifré, quien con muy buen criterio había determinado que fuera otro órgano de la prensa que no nuestra Revista, por completo ajeno á nuestras ideas, el que publicara, en primer término, esta vindicación de la memoria del insigne genio, á quien el mundo debe la suma de trabajos más transcendentales que registra la historia contemporánea en pro del progreso espiritual de la humanidad; no siendo menos acertado nuestro referido amigo, como nuestros lectores apreciarán, en su elección para la publicación de su comunicado, de uno de los periódicos más serios é ilustrados que honran la prensa española, y antítesis del semanario que con tan poca corrección se ha conducido, negándose á admitir la rectificación de uno de sus *lapsus*, con lo que hubiera puesto de manifiesto la buena fe é imparcialidad que le hubieran levantado muy alto en el concepto de sus lectores.

He aquí lo que transcribimos de *Gente Vieja:*

UNA COMUNICACIÓN

El Sr. D. José Xifré nos honra con la siguiente comunicación, que el periódico *Alrededor del Mundo* no se ha creído en el caso de publicar.

La importancia de la materia y las condiciones todas del asunto, hacen para nosotros muy grata la inserción de este curioso documento, cuyo texto es el que sigue:

«En uno de los últimos números del semanario *Alrededor del Mundo*, no há muchos días apareció un artículo biográfico sobre la célebre escritora rusa Mad. Blavatsky, titulado «La Gran Sacerdotisa de Isis».

Aludido yo mismo en dicho trabajo, créome en el deber de rectificarlo, tanto por razón del gran respeto que en vida me inspiró aquel personaje, como por el culto profundo que después de su muerte sigo rindiendo á su memoria.

El autor de dicho artículo, desconociendo la vida y hechos de Mad. Blavatsky, y apoyándose en noticias é informes de enemigos suyos, ha escrito una biografía de todo punto falsa, tanto por lo que dice como por lo que deja de decir de aquella mujer notable. Al leerla los que ignoran quién fué y cuál fué la obra de la ilustre pensadora, creerán, sin duda, que se trata de una embaucadora que se valía de las habilidades de juglar para convencer á las gentes de las verdades que proclamaba. ¡Donosa manera de persuadir en los tiempos que corremos! Semejante pintura no puede ya pasar en silencio en las naciones cultas de Europa y América, donde las muchas y notables obras de la insigne escritora corren de mano en mano, dejando en los espí-

ritus elevados el saber gratísimo de sus profundos conocimientos. Ya pasó el tiempo en que sus miserables detractores acudían al manoseado recurso de presentarla como una farsante; sólo á nuestro pobre país estaba reservado el que se exhibiesen, como novedades, noticias trasnochadas, sobre las cuales se ha hecho luz hace más de quince años en los pueblos donde se sigue al día el curso de hechos tan notorios como el establecimiento de la Sociedad Teosófica y la historia verdadera de su egregia fundadora.

Un escritor de conciencia que quiere dar cuenta del valor y de la importancia de un personaje como Mad. Blavatsky, no ha de contentarse con la lectura de noticias extravagantes tomadas al azar de periódicos mercaderes, sino que debe enterarse á fondo de lo que se propone escribir. Si así hubiera procedido el autor del artículo citado, hubiese quedado atónito ante la inmensa suma de conocimientos y de erudición que revelan los libros de aquélla; y si hoy todavía los leyera, quedaria confuso de haber tratado con tanta ligereza á una escritora tan eminente que, no con embelecos ni con juegos de cubilete, sino con argumentos robustos, con razonamientos de la más alta metafísica, con disquisiciones científicas de un alcance antes desconocido y con ojeadas amplísimas sobre la prehistoria (no sospechadas por los sabios de más nota), ha podido convencer y atraer á millares de individuos reclutados en los países más cultos y las clases más instruídas, según lo demuestra la inmensa literatura con que sus secuaces han continuado su tarea. Lo que sí hay, es que una personalidad de la talla de Mad. Blavatsky, debió tener, y tuvo, en efecto, detractores de la peor especie, capaces de acudir á la calumnia para desvirtuar sus esfuerzos y hacer que sus grandes propósitos fracasaran. A esta empresa vil se prestaron los esposos Coulomb, que así le pagaron la noble protección que les dispensó sacándoles de la indigencia. ¡Y el ruin testimonio de estos individuos obscuros, es el que se quiere presentar frente á frente de las aseveraciones y del entusiasmo de sus más inmediatos é ilustres discípulos, tales como Annie Besant, Olcott, Mead, Leadbeather y otros muchos que en sus notables escritos, llenos de ciencia, propalan por el mundo la asombrosa doctrina que Mad. Blavatsky les transmitió, aprendida de los sublimes maestros del Himalaya!

Mas, á excepción de alguna que otra publicación mal informada, todo el mundo sabe que la obra de los esposos Coulomb quedó destruída, que la calumnia fué confundida á tiempo, y que la infamia fué descubierta después de un proceso ruidoso. Por encima de las injurias flota al presente la figura de Mad. Blavastky, sin sombra alguna que obscurezca su sabiduría, y ya va siendo conocido el éxito asombroso con que dejó fundada una Sociedad generosa y humana sobre todas, que en la actualidad está difundida por todo el mundo rebosando vida y esperanza.

Es cuanto tiene que decir este su afectísimo, etc.

José Xifré.»



CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900

EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

SEGUNDA CONFERENCIA

(Conclusión).

El tercer punto que hemos de tratar es el de la caída y de la Redención.

¿Qué es la caída? Un símbolo.

La Esencia divina (no hallamos término mejor para expresar lo inexpresable), Dios, se encarna en el mundo para darle vida y dirigirle, para hacer la evolución, para multiplicarse y producir millares de «centros» en su Centro, «gérmenes» divinos que, desarrollándose, se convierten en dioses: tal es el gran misterio, el misterio de la Vida, la causa de los Universos, el por qué de la Evolución. Ese misterio resulta á primera vista muy oscuro al estudiante, que no debe, sin embargo, desanimarse; con el tiempo logrará su pensamiento disipar aquella oscuridad. Así como los que nos precedieron en la evolución descifraron el enigma, así también haremos nosotros.

Dios, pues, penetra al Universo con una parte de su esencia; esta es el alma del mundo; aquello que habrá de convertirse en el alma de los seres. Esa alma penetra en las formas, «cae» en la obscuridad, en la ignorancia. Mas poco á poco sale de la oscuridad, aprende á conocerse, se desarrolla; ella es la que dormita en la piedra, respira en la planta, siente en el animal, raciocina en el hombre, la que ama y se sacrifica en las almas divinizadas.

Cuando se ha sumido en la inconciencia más profunda, cuando ha efectuado su involución (la caída), despierta y asciende de nuevo divinizándose: y es la evolución (la Redención).

No hablaré ahora de la «caída» de Adán y Eva; envuelve á ese mito una significación profunda, pero sería preciso entrar en detalles de

orden antropogónico y no me es posible tratar ese punto en tan corto espacio de tiempo. Básteme deciros que tanto el *Árbol de Vida* como el *Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal*, como Adán y Eva, y también la manzana y la serpiente, son cosas muy distintas de lo que os enseñaron: ya lo habréis pensado.

Algunas palabras diré, sin embargo, relativas á un «aspecto», no de la «caída» sino de la «Redención», pues es el de una de las formas de la Encarnación divina. Así como Dios se sacrifica en los albores de un universo encarnándose en su creación, de igual modo se consagra enteramente al auxilio de sus hermanos menores el ser que ha alcanzado el grado divino.

Cada vez que comienza una raza ó entra en su carrera una nueva civilización, un Hermano Mayor, esto es, uno de aquellos seres divinizados por una larga evolución, se sacrifica. Se encarna de nuevo y aporta á los hombres una ley religiosa y moral correspondiente al grado de desarrollo y á la naturaleza de la civilización que aquéllos van á constituir.

Hace dos mil años agonizaba el mundo antiguo, la civilización actual acababa de nacer, una forma particular de la religión y de la moral era necesaria; preparábase la humanidad á desarrollar de un modo especialísimo la inteligencia, la inteligencia concreta, la que realiza los inventos, el progreso material. Ahora bien, ese aspecto de la inteligencia es el compañero inseparable del egoismo, de la lucha bajo todas sus formas. Precisaba oponer un contrapeso á tan terrible fuerza, precisaba el amor.

Encarnóse aquel que fué el Cristo y vino á predicar la nueva Ley; no vino á enseñar á los hombres el arte de edificar, como hicieron los reyes divinos de Egipto; no les inició en la ciencia de la agricultura como los Zoroastros, sino que continuó la obra de su predecesor, el Buddha: había aprendido éste la compasión; el Cristo enseñó lo que se desarrolla cuando ha germinado aquélla: predicó el amor, el amor de Dios y el de los hombres. Pereció su cuerpo víctima del odio de la ortodoxia ebráica y fué doblemente sacrificado. El Cristo fué un Salvador del mundo, un *Redentor* que vino á impulsar á la raza en germen hacia la perfección.

* * *

Algunas palabras más he de decir acerca de las enseñanzas generales relativas á la otra vida. También aquí observamos que concuerdan todas las grandes religiones; todas admiten la vida terrestre física,

(la vida de encarnación) y la vida de ultra tumba, y existe una razón precisa para esas vidas de esos mundos diversos.

La vida actual, la terrestre, es la producida por el cuerpo físico, el grosero relacionado con el mundo físico.

Cuando por efecto de la muerte se disgrega este cuerpo, encuéntrase el alma en su cuerpo real; su vida es entonces la que produce el cuerpo astral en relación directa con el mundo astral, es el purgatorio cristiano, el *Hades* griego, el *Kama-loca* de los orientales.

Existen en ese mundo distintos y variados lugares, tanto más agradables en general, cuanto más sutil es la materia que los rodea: encuéntrase al infierno en el más grosero de aquellos planos, infierno temporal por supuesto.

Muerto á su vez el cuerpo astral, queda el alma envuelta en el cuerpo mental solo; despertando entonces su conciencia en el mundo mental, ó sea el cielo cristiano, el Devachan buddhista, el Amente egipcio, los Campos Elíseos griegos. Con el progreso del individuo despierta su conciencia en cuerpos más elevados aún, y vive conscientemente en mundos cada vez más sutiles: los *nirvanas* son paraísos sublimes, y tan viva, tan vasta siéntese en ellos la conciencia, que abarca el universo entero; sabe entonces el hombre que no difiere de los demás seres; sabe que la causa que le hacia considerar á su «yo» como distinto de los «yos» que le rodeaban, era la limitación de su conciencia; sólo podía sentir entonces á su «yo» y ahora ese «yo» se ha desarrollado, siente el «yo» de todos los seres y sabe que todos los «yos», todas las almas son fragmentos de la gran alma del mundo, Dios. Ha vencido el error de la separatividad, ha perdido su «yo» y recobrado su libertad; ha adquirido la capacidad de sentir mucho más que los cuerpos limitados que le servian antes de envoltura, posee la conciencia de todos los cuerpos posibles, la conciencia del Universo (1).

* * *

La Teosofía, pues, como habéis visto, se esfuerza en unir vertiendo la luz, porque no existe error alguno absoluto en los conceptos humanos; son nuestros juicios compuestos de verdades y errores, y éstos

(1) Y he aquí el sentido en que el *Nirvana* es la extiación final del «yo». Cuando hayan estudiado suficientemente el Buddhismo los filósofos occidentales, no cometerán semejantes errores, y no irán sus discípulos propalándolo por el mundo sin preguntarse á sí mismos si es posible admitir que un espíritu tan colosal como el Buddha pudiese realmente enseñar tales absurdos.

son más ó menos numerosos según que es más ó menos limitada nuestra vista, más ó menos ancho nuestro horizonte; he aquí por qué á todos asiste parcialmente la razón; los más sabios son aquellos capaces de percibir el mayor número de fases en el diamante de la Verdad.

Para saber y ver mejor precisa conocer mejor, esto es, *sentir* mejor. Existe una sensación que nos revela las vibraciones físicas, y existe igualmente una sensación llamada *intuición* que nos permite presentir primero y conocer después las vibraciones de los mundos de la inteligencia y del amor. Aquellos que no han desarrollado en sí mismos los elementos encargados de recibir las vibraciones superiores, ignoran las verdades transcendentales: inútil es hablarles de ellas; son sordos por ahora, aún no existe su aparato auditivo espiritual, si así puedo expresarme; hemos de dejar para más tarde su instrucción superior; pero poco á poco desarrollarán todas las facultades humanas y llegará el momento en que percibirán en sí mismos todas las armonías de la música del universo. Todas las vibraciones existen en el mundo; sólo conocemos aquéllas que se encuentran en nuestra lira, imperfecta aún, pues solo una cuerda posee para responder cual eco á esas vibraciones.

He aquí por qué la enseñanza es y debe ser progresiva, no sólo en las ciencias físicas de nuestras universidades, sino en las ciencias suprafísicas y religiosas que en los antiguos templos se enseñaban. Esa es la razón por la que, mientras no podían los discípulos comprender el Espíritu, se les ocultaba bajo el símbolo la causa de que se agrupase á esos discípulos por clases progresivas. Esto tuvo lugar en todas las religiones, incluso en la del gran Mensajero divino último, el Cristo.

Este hecho ha sido y es aún puesto en duda é impugnado por la Iglesia cristiana, especialmente por la Iglesia católica, porque los sacerdotes de nuestros días han perdido el espíritu de aquellas enseñanzas y sólo presentan la «letra». Trataré de demostraros la exactitud de mi afirmación.

Escuchad al más eminente de los Padres de la Iglesia primitiva, Orígenes, al tratar del simbolismo de la Escritura: *De los Principios*, Libro IV, cap. I.

«La Escritura tiene tres sentidos: la *carne* para el común de los hombres, el *alma* para las gentes instruídas, el *espíritu* para los «perfectos.»

«Las historias son para los simples, y los absurdos en ellas introducidos allí están para recordar que tienen un sentido oculto. No contienen los Evangelios una historia exacta de los acontecimientos; éstos son introducidos en la trama de la «letra», pero á menudo no han te-

nido lugar.... Los Evangelios rebosan de narraciones semejantes (como por ejemplo, conduciendo á Jesús á una alta montaña), y puede hallar el lector gran número más de aquéllos y adquirir la convicción de que en las historias transmitidas literalmente, hechos que jamás existieron han sido introducidos...»

En el *Comentario sobre el Evangelio de San Juan*, dice:

«A los hombres de carne, cuyo espíritu es grosero, enseñamos el evangelio literal y predicamos á Jesucristo y su crucifixión. A los hombres adelantados inflamados por el amor de la Sabiduría divina, enseñamos el Logos.»

Añade:

«Si hubiésemos de atenernos á la letra é interpretar lo que está escrito en la Ley á la manera de los judíos ó del pueblo, causaríame rubor el decir en alta voz que Dios es quien nos ha dado semejantes leyes; hallaria entonces mayor grandeza y razón en las legislaciones humanas, por ejemplo en las de Atenas, de Roma ó de Lacedemonia...» *(Homil, 7, in Levit.)*

Dice San Pablo á su vez, I, Cor., X, V. 4.:

«Y todos bebieron la misma bebida espiritual: porque ellos bebian agua que salia de la misteriosa piedra y los iba siguiendo: la cual piedra era figura de Cristo.»

Y *(Galat*, IV. 24, 25) Agar y Sarah son una alegoría:

«Todo lo cual fué dicho por alegoria. Porque estas dos *madres* son las dos *leyes* ó testamentos. La una dada en el monte Sina, que engendra esclavos, la cual es *simbolizada* en Agar.

Porque el Sina es un monte de la Arabia que corresponde á Jerusalén de aquí bajo, la cual es esclava con sus hijos.»

Los primeros Padres querían ante todo que la fe fuese ilustrada.

Contra Celso, Libro I., cap. XIII.

«Considera el espiritu del cristianismo mucho más importante el prestar nuestro asentimiento á las doctrinas fundándonos en la razón y la sabiduría, que no basándonos en la fe. Sólo en circunstancias especiales desea el cristianismo esta última, y para impedir que á ciertos hombres les falte por completo el auxilio.»

Cristo ocultaba á las muchedumbres el espiritu bajo las parábolas, porque malo es divulgar lo que no puede ser comprendido; pero explicaba el espíritu á sus discipulos.

Acercándose después sus discípulos le preguntaban: «¿Por qué causa les habla por parábolas?

El cual les respondió. «Porque á vosotros se os ha dado el *privi-*

legio de conocer los misterios del reino de los cielos; mas á ellos no se les ha dado.» (Mat. XIII, 10. 11.)

«Y no les hablaba sin parábolas: bien es verdad que aparte se lo descifraba todo á sus discípulos.» (Marcos IV, 34.)

Cont. Celso, L. III, cap. XXI:

«Cada evangelio contiene una cantidad de doctrinas difíciles de comprender, no tan sólo para el vulgo, sino aun para hombres inteligentes, pues encierran la explicación profunda de las parábolas que Jesús daba *á los de fuera* y cuyo sentido completo reservaba á aquellos que habian traspasado el periodo de la enseñanza externa y que venian *á su casa* para recibir su enseñanza privada.»

«Los de fuera», es el vulgo; los que eran instruídos en su casa, eran sus discípulos.

San Clemente dice en sus *Stromates*. Lib. I, cap. I.

«...Cosas hay que omito voluntariamente, pues no puedo escribir lo que prohibo decir, y no es por celos de mi saber, sino porque temo que mis lectores lo interpreten en un sentido erróneo y entregar, como dice el proverbio, una espada á unos niños...»

En la misma obra, cap. XII, trata del asunto siguiente: *Los Misterios de la fe no deben ser divulgados á todos;* y en el Lib. V, cap. X: *De la preservación de los misterios de la fe y de la opinión de los apóstoles sobre el secreto que precisa guardar acerca de esos misterios.*

Laméntase *Tertuliano* de que no sigan los herejes esa regla: *(De las prescripciones entre los herejes...* cap. XII).

«No se puede decir, entre ellos, quién es catecúmeno y quién es creyente; todo el mundo es aceptado, todos oyen, hasta los paganos mismos si se encuentra alguno entre ellos. Echan á los perros (los no judíos) las cosas sagradas, y sus perlas (aunque sean falsas) á los puercos.»

He aquí, en fin, cuáles eran los aptos para recibir la enseñanza secreta entre los primeros cristianos. *Cot. Celso*, L. III, cap. LX:

«Aquel cuya alma no ha sido conciente de mal alguno desde tiempo, y especialmente desde que se ha dedicado á la curación por el Verbo, aquel podrá escuchar las doctrinas que enseñaba Jesús secretamente á sus discípulos.»

Cont. Celso, L. III, cap. LIX:

«Cuando han progresado aquellos que se han entregado á la virtud y demuestran que han sido purificados por el Verbo, entonces, y no antes, les invitamos á participar de nuestros misterios, porque «hablamos de sabiduría entre los Perfectos.»

También os he hablado de una jerarquía existente entre los estudiantes en la Iglesia primitiva; héla aquí:

Había los *Audientes* ó fieles comunes *llamados* auditores y que comprendían á los auditores simples, á los catecúmenos y á los bautizados; los *Competentes* ó fieles purificados, el *corto número de elegidos*, que conocían bien la doctrina; y los *Perfectos* ó *Elegidos de los Elegidos*, los Iniciados, los que estaban en posesión de los poderes de que habla San Pablo.

He terminado.

No os diré: sed teosofistas ó ingresad en la Sociedad teosófica. ¡No! Conservad vuestra fe si ésta os satisface; conservadla mientras os satisfaga. Mas si vuestras almas sufren por la duda, si están hambrientas de verdad, sedientas de luz, y si nada halláis capaz de satisfacerlas, estudiad entonces la teosofía, armáos de la antorcha que os brinda y caminaréis seguros en la oscuridad del mundo.

J. X. H.

FIN



LOS GRANDES TEÓSOFOS ESPAÑOLES

(CONCLUSIÓN)

Por varias razones merece Lulio un puesto en la historia de la teosofía española. En primer lugar, como hace tiempo observó Gerando (1) (y su observación no sé que haya sido desmentida por nadie hasta la fecha), las doctrinas teológicas del autor del *Ars Magna* proceden de las de los judios y árabes, y probablemente de origen más lejano todavía, de los gnósticos, de Pitágoras y de los sacerdotes egipcios. El mismo Lulio proclamó á la Kábala ciencia suprasensible y celestial *(superabundans sapientia)*, erigiéndola en reina y señora de todas las otras. Asimismo concedía Lulio excepcional importancia á la metafísica de Platón, que consideraba como indispensable prolegómeno y utilísima preparación á la sabiduría superior y divina representada por la Kábala. No menos se mostraba la tendencia teosófica en su método que él define *(De auditu Kabbalistico)* «habitus animae rationalis ex recta ra-

(1) *Histoire comparée des systemes de philosophie.*

tione divinarum verum cognitivus.» Es bien sabido que este método, en su afán de llegar á una ciencia general aplicable á las ciencias particulares, representaba los géneros y las especies con sus combinaciones posibles por medio de círculos que giraban alrededor de un centro común, conforme en un todo con los procedimientos científico-religiosos de los orientales. En fin, el título mismo de *doctor illuminatus* que á Lulio otorgó la alucinada fantasía de sus contemporáneos, manifiesta claramente hasta qué extremo estaba el pensador mallorquín dotado de entusiasmo y espíritu teosóficos.

Era tal este entusiasmo y este espíritu, que no sólo la existencia de Dios, sino las mismas verdades reveladas quiso demostrar por procedimientos puramente filosóficos, naturales y humanos. Somos, según él, en lo racional hijos del sol inteligible y estamos mentalmente constituídos para conocerle y para amarle. Con inaudito atrevimiento, al que lo vigoroso de la exposición hace sublime, se transporta Lulio al cielo de las ideas, esforzándose en dar por adivinación un ***punto trascendente*** (1) de apoyo al concepto subjetivo del Ser universal (2). De este modo, y por el valiente desenvolvimiento del idealismo absoluto en la mente de Lulio, el argumento ontológico de la teodicea de san Anselmo, que hasta entonces había sido solo una tímida tentativa, se convirtió en luz universal de la realidad y principio *à priori* del sistema teosófico del gran pensador mallorquín.

En cuanto á la constitución y naturaleza del espíritu, Lulio no presenta su opinión sino en contornos muy oscuros y en indicaciones ocasionales. En algunos puntos admite y da por buena la en su tiempo corriente distinción de alma y espíritu, concediendo al último, por carácter principal, la duración ó permanencia en esta vida; pero en otros lugares, y merced á sus fecundos atrevimientos, llega á anticiparse á Leibnitz, viendo en el cuerpo la creación necesaria del espíritu ó la cristalización de éste en el mundo material. Revolucionario todavía

(1) «El punto trascendente es instrumento del entendimiento humano con el cual alcanza su objeto, según las naturalezas de las potencias inferiores, y alcanza el objeto supremo sobre su naturaleza.» (Zepeda: *Comentarios al «Arbol de la Ciencia» de Lulio.*)

(2) Lulio admitió también una forma universal análoga al alma universal del mundo. (Véase al cardenal Zeferino: *Historia de la filosofía*). Es esta una forma *á se*, primaria, de la cual proceden todas las formas particulares, independiente por otra parte en sí misma y que constituye, en unión con la materia prima, la sustancia esencial del orbe. *Ait forma: ego sum absoluta et primitiva, eo quod cum materia prima constituo unam substanciam generalem totius universi... Sum una numero privative... et ideo posito quod omnia individua essent corrupta ego essem restaurata in meo singulari numero et natura... De me sunt omnes formae particularis.*

en los problemas en que la medicina y la ciencia del alma se relacionan, aventuró una idea que la ciencia moderna en parte ha confirmado, añadiendo á los cinco sentidos corporales un sexto sentido llamado *affato*, por medio del cual se nombran las cosas. Esta concepción fué un progreso notable y puso de manifiesto en psicología un orden de sensibilidad interna superior á la percepción y á la fantasía. Otros sacaron de ella delirios, extravíos y absurdos cosmológicos y teológicos, y el mismo Lulio habló del cielo como de un ser animado que posee alma movente *(animan motivam)*, y de los ángeles como de animales verdaderos, aunque inmortales.

Lulio predicó también la legitimación de la justicia por la bondad, de lo legal por lo moral. «El que está en pecado, decía, no tiene derecho sobre ninguna criatura.» Esto era ir contra el parecer de los teólogos que reconocían eficacia á las funciones litúrgicas de los ministros de Dios, cualquiera que fuese su inmoralidad personal, siempre que no perdiesen la fe.

La teodicea española del siglo XV, representada por Sabunde, es aún más esencialmente teosófica. En él recae el honor de haber hallado el verdadero carácter de la *sapientia Dei* y haber precisado y esclarecido las grandes y confusas nociones que vagaban por el pensamiento medioeval como conatos de una evolución más alta, como estímulos de un ideal más grande (1). Sabunde es, como se ha dicho, el Jano de la escolástica, precursor de Descartes, Pascal y Kant, y más discípulo de san Agustin, de san Anselmo, de Hugo, de san Victor, que de santo Tomás. Su filosofía tiene dos partes, dos caras, por decirlo asi. Con una mira hacia el antiguo realismo, de quien fué el último y más diligente expositor. Este es el mundo filosófico de la edad media, considerado en sus concepciones místicas ó teológicas. Pero al propio tiempo Sabunde concibió á Dios como el orden moral del mundo, y esta concepción le llevó á presentir algunos resultados de la crítica Kantiana. No por eso creyó que debia la razón renunciar á las demostraciones que á la teodicea ofrecen la armonía y las maravillas de la creación; antes bien, asevera é insinúa que el conocimiento de las bellezas de la Naturaleza es como una introducción al conocimiento de la existencia de Dios y aun al conocimiento de nosotros mismos: *Ideo est ordinata verum et creaturarum universitas, tamquam iter, via et*

(1) Acerca de Sabunde véase á Ares, *Comentarios*; Schaur, *Sabunde*; Kleiber, *De Sabunde vita et scriptis*; Reulet, *Recherches historiques et critiques sur Sebonde*; Schumann, *Von Sabunde*; Compayré, *De Sebundo*; Holberg, *De theologia Sabunde*.

scala inmovilis, habens gradus firmus et inmoviles per quam homo venit et ascendit ad seipsum. Tampoco conservó su sentido ontológico á la teología natural tomista, siendo sus explicaciones más precisas y más profundas que las de santo Tomás. Que el hombre debe entrar en sí y venir á sí y habitar dentro de sí para acercarse á lo trascendental de la divinidad y al fondo íntimo de las cosas naturales, he aquí la hipótesis fundamental, el gran principio filosófico del pensamiento de Sabunde: *Cognitio de Deo quae oritur ex propia natura est nobis certior et magis familiaris.* Con todo, su método y su doctrina carecen de verdadera seguridad filosófica, y es bien sabido que de ambas cosas se sirvió con provecho Montaigne para fundamentar su universal escepticismo.

El teosofismo neo-platónico sufría un prolongado reposo. Toledo, sin embargo, le rindió culto y le prestó relativa obediencia desde el siglo XI, gracias á la iniciativa del arzobispo Don Raimundo, que, al introducir los textos árabes en los estudios occidentales, hizo época en la historia filosófica de los tiempos medios. Se poseyeron y se leyeron por entero las obras maestras de doctrina greco-oriental, atrayendo la divulgación de ella infinidad de gentes que se encantaron y se embriagaron con aquellas riquezas teosóficas. «Los clérigos — decía Elinando—van á París á estudiar las artes liberales, á Bolonia los códigos, á Galerno los medicamentos, *á Toledo los diablos* y á ninguna parte las buenas costumbres.» Los «diablos» se repartieron en dos direcciones, una astronómico-matemática, en la que tanto se inspiró Alfonso el Sabio, y otra teosófico-metafísica, que era como una resurrección seudo-cristiana del ya desacreditado peripatetismo arábigo. La primera, representada por Juan Hispalense, no tardó en desaparecer. En cuanto á la segunda, parece que encontró su más fiel expresión en el famoso *Libellus Alexandri*, fuente de la heterodoxia panteísta de Dinán, y cuya paternidad se venía atribuyendo ya á Afrodisia ó á otros filósofos griegos, ya á Alfarabi ó á otros filósofos árabes; pero es conquista de la moderna crítica, debida á Haureau, el gran historiador francés de la filosofía escolástica, la de la identidad de ese autor incógnito con un *clericus* de España muy versado en ciertas doctrinas, que fueron profesadas primero en la escuela de Alejandría y luego en la de Bagdad, y que él expuso en el *Liber de unitate*. Menéndez-Pelayo en sus *Heterodoxos Españoles* reforzó con nuevos datos las investigaciones de Haureau, publicando por primera vez el importantísimo tratado de ese escritor llamado Gundisalvo, tratado que lleva por rótulo *De processioni mundi.* (Es preciso ver el códice número 86 de la «Biblioteca

del Colegio de *Corpus Christi*», de Oxford.) Y va aún más lejos, sosteniendo (á mi juicio, sin razón), que en Gundisalvo debe recaer la responsabilidad de aquel misterioso *Mauritius Hispanus*, cuyas doctrinas aparecen condenadas en París en 1215 por el legado Courçon, juntamente con los libros de Chartres y de Dinant. Sea de esto lo que quiera, Gundisalvo, sin conocimiento directo de Platón, y con la sola cultura arábigo-judáica de que se pertrechó en Toledo, supo ser teósofo y dar forma nueva á las concepciones teológico-panteistas de los grandes pensadores orientales.

A partir de este instante, y merced al impulso dado al platonismo por el Renacimiento, presenta la renovación empezada el aspecto formidable de una revolucionaria reacción que encontró en España su primer eco en los cerebros de Metge, March, Díaz de Toledo, Lucena, Aldana, Montesa, Encinas, Calvi, Cardoso y Arias Montano, que tomaron el problema del alma en el punto en que la ortodoxia tímida le había dejado, á saber, en el de su origen, siendo casi siempre resuelto en sentido aproximado al platónico. De un modo semejante las almas humanas tenían para Ginés de Sepúlveda, según se desprende de sus cartas á Villalpando, la probabilidad de pasar, no á cuerpos de animales como querían los pitagóricos, pero sí á otros cuerpos humanos. Vallés y sus partidarios se expresaron sobre este punto con muchos menos rodeos, y en la cuestión del alma de los brutos el primero llegó á sostener que lo que verdaderamente distingue al hombre del animal no es, como pretendían santo Tomás y Aristóteles, la racionalidad, sino la capacidad, la aptitud para recibir la sabiduría y para crear las ciencias. Así, mientras por un lado se anticipó á la psicología comparada otorgando á los animales discurso y raciocinio en las cosas limitadas, sensibles y perecederas, por otra se aproximó al hoy común sentir de los teósofos positivos que encuentran la única propiedad cualitativa é irreducible de la humana especie en la posibilidad de raciocinar y discurrir sobre las cosas eternas, universales y divinas.

He dicho ya lo suficiente para realzar, en lo que cabe, la teosofía en embrión de los pensadores hispanos, sin violentar ni exagerar el sentido de sus doctrinas, como lo han hecho Vidart, Vallin y otros críticos, sin excluir á los hispanistas, como Morel-Fatio. Un último é interesante personaje merece llamar nuestra atención: es el extraordinario y fertilísimo filósofo apellidado Córdoba, verdadero precursor del Renacimiento y representante el más ilustre de la Escolástica. Su erudición era prodigiosa para aquella época; sabia perfectamente el latin, el árabe, el caldeo, el hebreo y el griego. Además, aventajaba á todos sus

contemporáneos en el conocimiento de los clásicos, y consta, por testimonios fidedignos, que á la edad de veintidós años recitaba de memoria, á más del cuerpo entero del derecho canónico, la Biblia y los comentarios bíblicos de Lyra, los escritos de Halés, santo Tomás, san Buenaventura, Scoto, Avicena, Averroes, y, para decirlo de una vez, los libros todos que entonces se enseñaban en las escuelas (1). Con tan inmenso arsenal de conocimientos, y habiendo sido enviado á Francia por Fernando el Católico, desafió y combatió á los sabios franceses, asombrando el año 1445 á la Universidad pretenciosa de Paris á causa de sus exposiciones de la filosofía antigua y de sus invictos argumentos. Los doctores de aquella Universidad, derrotados enteramente por Córdoba, creyeron ver en él el Anticristo y quisieron prenderle; pero Córdoba, que estaba sobre aviso, huyó á los Países Bajos, y de allí á Italia, verdadero refugio de los pensadores de aquel tiempo. En el célebre cardenal Bessarión encontró un padrino decidido. Bessarión, después de nombrarle subdiácono de la Santa Sede, le dió participación, en calidad de colaborador, en la redacción de su considerable obra *Adversus calumniatorem Platonis* y le indujo á escribir otra sobre las relaciones del platonismo con el aristotelismo, la cual parece no concluyó por hallarse preocupado con la que existe aún inédita bajo el título de tratado *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis*. En este libro, Córdoba aspira á aproximar y reunir las doctrinas de Platón y de Aristóteles y á determinar, por medio de la lógica, la luz de interna generación de las ideas en el orden metafísico, no imitando á Lulio, cuya artificiosa dialéctica le parece una máquina de pensar, sino imitando á la naturaleza misma, tal como procede en el desenvolvimiento de la vida, es decir, por intususcepción, por relación espontánea, por organización propiamente dicha. La ambición de Córdoba era demostrar que Platón y Aristóteles se asemejan en el fondo y

(1) Los extranjeros, tan avaros en elogios para con los sabios españoles, han hecho justicia á Córdoba. Según la afirmación de Bzovio, jamás le superó nadie ni le convenció en lo más mínimo. «Sus arengas y discusiones —dice también Tartaglia (*Epístolas*) —, se oían (en Roma) con solemnidad y atención, trayendo á la memoria los triunfos más grandes y perfectos de los griegos en la elocuencia. Nada le quedó por saber á este ciudadano ni en teología, ni en ciencias, ni en artes » Y el metafísico Jouffroy observa que, aun dado el caso de un hombre que se pasase cien años sin comer, ni beber, ni dormir, ni hacer otra cosa que estudiar incesantemente, no se comprende que llegase á poseer los conocimientos que Córdoba Lástima que la parte de estos conocimientos que mas interesa á la teosofía, como es sin duda el grupo de sus comentarios sobre el «Almagesto», de Ptolomeo, y el «Tratado de los animales, de Alberto Magno, se haya perdido. (Véase á Havet: *Cordoue et l'université de Paris au XV siècle*.)

y que sólo conciliando la teoría de las ideas con la teoría de las formas puede encontrarse en la realidad un principio, externo é interno, racional y natural, psicológico y ontológico á la vez, que sirva de ritmo al mundo del espíritu.

Procedentes de otra clase de direcciones, de las de teología mística, se hallan en Malón de Chaide, en Fonseca, en Orozco, en Fray Juan de los Angeles y especialmente en Fray Luis de Granada, marcadas tendencias á la conciliación platónica (1). Esta conciliación fué favorecida indirectamente por los grandes tomistas de aquella época como Melchor Cano, Vázquez y Suárez. En fin, los cultivadores de la metafísica independiente, Brocense, Gómez Pereira, etc., contribuyeron por su parte á difundir en la atmósfera de las escuelas una marcada afición á los estudios sintéticos y un visible desprecio hacia el formalismo del peripato.

Pero ni los místicos, ni los escolásticos, ni los independientes, ni otro alguno de los platonizantes de la filosofía española, deben su osadía teosófica á la invención metafísica, sino á la fe viva con que aceptaron y aplicaron la teología alejandrina á lo esencial de la teología cristiana, sobresaliendo entre estos herejes *cristocéntricos* Servet, el noble mártir del Cristianismo filosófico, cuya defensa y firme vindicación en vida le valió aquella horrible muerte de la colina de Champel en hoguera que Calvino mandó encender con leña verde para complacerse en prolongar el espantoso estado de una agonía lenta. La manera como Servet trata de conciliar el principio cristiano con el panteismo alejandrino, nos dará á conocer muy claramente la heterodoxia de sus concepciones. Según afirma, «Dios es nuestro espíritu.» «Dios es la esencia universal y esenciante.» «Dios es la forma, el alma y el espíritu universal.» «Elohim es la fuente de donde todas las cosas emanaron.» «La carne de Cristo fué educida ó sacada de la sustancia divina.» Esto era lo que Servet sostenía en 1532 en sus diálogos *De trinitate* (2).

De 1532 á 1553, época de la publicación del *Christianismi restitutio*, las ideas de Servet ofrecieron nueva fase. Habiendo advertido el antiguo teólogo arriano que es imposible, de toda imposibilidad, elevarse á concepción alguna fecunda de la realidad y del universo sin el auxilio de las ciencias físicas y metafísicas y que todos los ramos del

---

(1) El mejor trabajo que existe sobre esas tendencias es el del agustino Gutiérrez *El misticismo ortodoxo en sus relaciones con la filosofía*. Véase también el libro del mismo autor titulado *Fray Luis de León y la filosofía española del siglo XVI*.

(2) Véase también el tratado *De trinitate erroribus* (1531).

saber se auxilian unos á otros, empezó á amalgamar confusamente sus nuevos conocimientos anatómicos y fisiológicos (adquiridos cuando fué condiscípulo de Vesalio y ayudante de Winter), así como las enseñanzas de la astrología y de las matemáticas que explicara en el colegio de los lombardos, con las doctrinas eleáticas y neo-platónicas que se predicaban en la Academia Florentina. Servet amplió bajo un concepto el antiguo gnosticismo, pero lo restringió bajo otro. Conviniendo con Philon y los judíos helenistas en la distinción del *logos* interno y del *logos* externo, sostenía con Proclo y la Escuela de Atenas que la unidad absoluta del bien reside más allá de la inteligencia y del ser, manifestándose como forma suprema y universal en el piélago de las cosas. «Dios — dice textualmente — es la esencia omniforme que da el ser á las múltiples sustancias del mundo sin perder su unidad.» Sin embargo, esta unidad no es en si indeterminada, antes bien, Servet las hace determinarse en cuatro diferencias, especies ó modos: el modo de plenitud sustancial superior á todas las esencias, el modo corpóreo ó apariencia fenomenal, el modo anímico que es el verdadero ser, lo inteligible, las ideas y el modo singular que es lo genérico y como tal participa de los otros modos. En cuanto al modo de plenitud sustancial, Servet trataba de referirlo al Verbo encarnado, á quien él consideraba como origen de toda verdad, fuente de toda belleza, raíz de todo bien, conciencia humanamente absoluta del mismo Dios. Es un error afirmar que Servet fué enemigo teórico de Cristo; lejos de eso, lo erigió en ley y norma del cielo inteligible, del cielo de las ideas. Estuvo, como después Schleiermacher, ébrio de Cristo. Pero aún le supera en los detalles, pues para él Cristo no es un ideal y Dios una realidad como para los hegelianos. Por el contrario, todo, á juicio suyo, vive idealmente en Dios y todo se concentra realmente en Cristo; de manera que si se quiere dar á su sistema un apodo filosófico, más que panteismo se le debe llamar con Menéndez-Pelayo *pan-cristianismo*, puesto que en Cristo encuentra Servet la naturaleza común de todas las naturalezas creadas, tanto humanas como angélicas.

Los místicos Rebolledo (1) y Nieremberg (2) insistieron principalmente en la parte ortodoxa del sistema de Servet, es decir, en las nociones de *filografía*, de teología estética, de amor platónico. Molinos admitió la supremacía sobre la acción individual, del quietismo, supre-

(1) *Discurso sobre la hermosura y el amor.*

(2) *Tratado de la hermosura de Dios y su amabilidad por las infinitas perfecciones del ser divino.*

macía demostrada por la moral, ó sea un nihilismo místico (1). Al mismo nihilismo condujeron, por su parte, las filosofías sociales, aunque su raíz y sus principios fueran contrarios á los de Molinos. Tal es fácil observar en el libro, hoy perdido, *Culto de la humanidad*, del theophilántropo Santa Cruz, donde aparece esbozada la moral de la tolerancia y del amor á todos los seres. Después no vuelve á verse iniciativa teosófica en ningún filósofo español, excepción hecha de algún que otro espiritista, y el mismo Krausismo ha venido á ser muy pobre en trabajos de teosofía en nuestros tiempos.

Hemos llegado propiamente al fin. Una cosa cierta, á mi ver, queda probada en las páginas anteriores, prescindiendo de determinadas particularidades; y es ésta: que el espíritu teosófico del pensamiento español está principalmente caracterizado por la tendencia abstracta ú ontológica, sin que entre para nada en él la idea religiosa, el malestar social ni el genio de raza. Pero prueba harto débil se sacaría de aquí para afirmar que la teosofía de nuestra patria es pequeña y raquítica, careciendo del vigor que admiramos en la que ha surgido de generaciones y regiones penetradas é inundadas por la espontaneidad del sentimiento religioso y la conciencia de las injusticias sociales, é impregnadas en sus producciones del ambiente de su propia genialidad étnica. Pudiera, en verdad, haber suplido á esta última el hibridismo judáico arábigo; y precisamente por eso no alcanzan á tener las concepciones teosóficas de nuestro suelo una fisonomía original de contornos bien determinados. Por otra parte, á excepción del *Blanquerna*, de Lulio, España jamás presentó en los libros de sus pensadores teosóficos aspiraciones á una reforma de la sociedad ni ensayos de arquitectura del edificio nacional, tan zarandeado y conmovido, primero por las invasiones, después por los abusos del instinto regionalista. Finalmente, si en opinión de muchos tenía la Península Ibérica un óbice á la autonomía teosófica en lo arraigado de sus fanatismos religiosos, sería permitido preguntar por qué casi todos los que individualmente contribuyeron á consolidar aquella autonomía, fueron insurrectos de la ortodoxia oficial, del formalismo eclesiástico reinante. Y es que á pesar de todas sus preocupaciones, de todos sus errores, de toda su cohibición, de todo su misticismo, los grandes teósofos españoles supieron,

(1) La obra quietista de Molinos que más nos interesa á los teósofos — la *Guía espiritual* —, está traducida al inglés por Shorthouse, famoso pesimista literario. Así lo afirma Menéndez-Pelayo. Siento mucho no haber leído esa traducción que hace tres años y medio vi en la biblioteca de un amigo mío de las Islas Canarias. Tampoco conozco el *John Inglesant*, de Shorthouse.

directa ó indirectamente, dejar entrevista en su ideal y en sus atrevimientos la religión de que el mundo moderno se ha declarado partidario: la religión del espíritu y de la verdad.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.



LA TEOSOFÍA Y EL MATERIALISMO

(CONCLUSIÓN)

TODA la doctrina teosófica puede ser compendiada é ilustrada con un ejemplo sencillo: el de una bellota. La masa en sí es de materia. El análisis químico puede resolverla en todos sus elementos constitutivos, carbón, fósforo, los silicatos, etc., y declarar exactamente de qué y en qué proporciones está compuesta. Pero si la habilidad química tomase estos mismos elementos y cantidades, y tratase, por un proceso de construcción en lugar de destrucción, de combinarlos para formar una bellota, no podría conseguirlo. Aun cuando la forma y las partes pudiesen constituirse con exactitud, la parte más esencial de la bellota—su poder de germinación—estaría ausente. En otras palabras, la vida, el principio vital que asegura al producto natural una evolución y descendencia futuras, falta por completo. Todo lo material está allí, pero no así la misteriosa vitalidad que ninguna química puede suministrar. Esta vitalidad es invisible, y hasta indistinguible por medio de los más potentes microscopios. Elude toda investigación y comprobación. Es un poder de otro plano de la Naturaleza, que reside en el plano material y que coincide con él; que ha proporcionado los constituyentes sólidos de la bellota, compenetrando estos constituyentes y dando á su agregado la facultad de brotar y convertirse en un árbol, pero que es en sí una cosa diferente, no perceptible por los ojos de la carne, no producible por manos de carne. Proporciónense las condiciones debidas, plántese la bellota en suelo húmedo y soleado, y con el tiempo un brote, un renuevo, un árbol gigantesco se producirá; del germen original saldrá la esmerada evolución de tronco y ramas, follaje y fruto que un niño puede coger. Todas estas potencialidades yacen bajo la cáscara, yacen como un germen hasta que el poder vital inherente y los agentes externos de la vida se unen para desarrollarlos en su completa exuberancia. No podría existir nada de esto sin la bellota y el suelo tangibles, y sin la lluvia visible y el sol visible; sin embargo, éstos hubiesen resultado impotentes si ninguna vida invisible hubiese vibrado en la bellota, impulsándola á la germinación.

Lo mismo sucede con el universo. Al través del espacio se extendió, hace edades sin cuento, el original de lo que vemos como materia. Entonces,

como ahora, sería inerte, impotente, no transformable, á no ser por aquel influjo del principio vital que, fluyendo de los secretos senos de lo Más Elevado, principió á transformar los átomos en organismos. Desde entonces, en un tiempo de duración inconcebible, esa fuerza viva ha compenetrado, moldeado, ajustado y diferenciado en infinita variedad de formas el material ante ella, desenvolviendo constantemente todas sus posibilidades, y dándoles existencia objetiva. Los productos se elevaron al través de varios planos, el mineral desarrollándose en lo vegetal, éste en lo animal y éste en lo humano. Según lo expresa Herbert Spencer, «lo simple se convirtió en compuesto y lo homogéneo en heterogéneo, á través de diferenciaciones é integraciones sucesivas». Al mirar ahora alrededor nuestro, en este estado avanzado del proceso evolucionario, vemos, aun con nuestra imperfecta visión, algo de ese resultado maravilloso que proviene de la acción de la vida sobre la materia. Capas de formas organizadas en variedad y complejidad inimaginables, con una gradación no menos variada de pulsación vital, comprende el universo que nos rodea. Todas las cosas están compuestas de una base física y de un principio vital suprafísico. En la materia estaban las posibilidades, las potencialidades; sin embargo, éstas hubieran permanecido por siempre tales, á no haber sido por ese principio que las apresuró y combinó. Esta corriente viva, flujo del manantial céntrico del ser, fué la que transformó un depósito de materia en un universo de organismos. En la gran bellota de un vasto árbol—mundo—yacen dormidas raíces y ramas, vástago y bellota; y cuando el poder vivificador pasó á través de él en el momento debido, todos los gérmenes cósmicos entraron lentamente en la manifestación.

Ahora bien; el materialista puede decir: «¿Qué importa que el principio de vida sea una existencia aparte ó una cualidad inherente, en cuanto que de hecho compenetra cada átomo y asegura su evolución normal? Si esta fuerza coincide siempre con la sustancia; si, como pretenden los teosofistas, no hay partícula muerta, ó sin estar penetrada de esta fuerza ¿por qué no habríamos de considerar la fuerza como una cualidad de la substancia? ¿No es la vitalidad, como regla general, una característica tan verdadera de la materia como lo es la extensión á la estructura atómica?» La contestación es fácil. Si la vida no es una fuerza distinta de la materia, aun cuando asociada con ella; si es meramente una de sus señales y no algo que se manifiesta por su medio, entonces al desvanecerse una forma viva se desvanecería la vitalidad residente en esa forma. En otras palabras: no habría vida orgánica después que el organismo físico que tal vida ostentara, se disolviese. Cuando un hombre, según se dice, «muere», su naturaleza mental, emocional y de aspiraciones, al ser simplemente el producto de los poderes inherentes de la materia de su forma y derivar su elevado desarrollo de aquélla, debe morir también. No puede haber nada que sobreviva del producto después que las causas y condiciones de la existencia han sido anuladas. De aquí que no podría haber ningún porvenir individual después de la muerte física, ninguna supervivencia del alma, ninguna posibilidad de inmortalidad. Esta, por

supuesto, no es objeción para aquellos que ya consideran esto como un hecho; pero es una cuestión seria para los que conceden importancia, ya sea á los instintos universales de la humanidad ó á los fenómenos del espiritismo ó psiquismo. Todos estos se unen para combatir la noción de que el ego sea la mera expresión de la organización corporal y que la muerte sea el término de la existencia individual.

Aunque el materialismo y la Teosofía son de una opinión al sostener como un hecho la unión del principio de vida con la materia, al paso que difieren en lo que respecta á ser los dos realmente distintos, existe otra diferencia que hace más patente el abismo entre ambas opiniones. El materialismo sostiene que, como todo es resultado de la organización y del medio ambiente, el carácter individual de los hombres es una resultante de su estructura física y de su experiencia. La combinación de los átomos en el sistema nervioso y el cerebro determina mi temperamento en un sentido particular, y una combinación distinta en mi vecino determina un temperamento diferente. El cuerpo es la causa y el ego el resultado. La doctrina teosófica es precisamente lo contrario: el ego es la causa y el cuerpo el resultado.

Esto es una consecuencia de la doctrina anterior de la reencarnación; pues considerando la vida como una realidad distinta de la materia, la Teosofía percibe la existencia de una mónada humana antes de la existencia de la forma física que le sirve de santuario. El objeto de la encarnación y de cada uno de los casos sucesivos de la misma, era proporcionar á la mónada la oportunidad de la participación directa en la existencia material, ó sea una experiencia, que no podía obtener de otro modo, de la vida carnal, social competente, con todas las múltiples lecciones que sólo pueden obtenerse por medio de la disciplina, de los afectos, de los objetivos y energías. Como en un cuerpo carnal sólo es posible la relación con el mundo de las cosas y de los hombres por el movimiento de este cuerpo al impulso de la voluntad interna, toda manifestación de ésta transcurre á través de los nervios y músculos y los hace actuar. De este modo se comunica á los átomos una cualidad definida, los cuales, en conjunto, forman el organismo por el que se manifiesta la naturaleza individual.

Por otra parte, el pensamiento hace su impresión en la estructura del cerebro, y las ideas favoritas se repiten, si no por otra razón, porque los surcos cerebrales, ya hechos, proporcionan líneas de menos resistencias á las corrientes que surgen. Así, de varios modos fisiológicos, los gustos, deseos y pasiones del ser verdadero que habita dentro, se estampan en los átomos que constituyen su físico. En los tejidos celulares de su cuerpo no hay solamente anales, sino verdaderos depósitos de sus costumbres. En los momentos de ocio, cuando no les domina ninguna emoción diferente, sino que la tranquilidad de ánimo deja libre el camino al impulso normal, estos diminutos conservadores de la costumbre vibran de su modo acostumbrado y un pensamiento familiar viene á la mente. El carácter surge de los retiros donde la imaginación, la memoria y la meditación lo habían confinado, siendo

estos retiros las células de nuestra estructura física y astral. Así, en un sentido muy literal, el ego se grava en su tabernáculo. Lo que deseamos, proyectamos y buscamos, lo que, en una palabra, somos realmente en esencia, se expresa en la materia plástica de nuestras formas externas, y los sentidos sutiles del Adepto ó del vidente pueden leer en el aura y en lo físico el trasunto de un alma.

Aún hay más que esto. Como Karma, el sistema infalible que asegura á cada hombre en su encarnación las condiciones físicas y morales á que su conducta anterior le da derecho, debe proporcionar los medios para tal seguridad, existe, según enseña la Teosofía, una conservación en forma semimaterial de los gérmenes que en la siguiente vida ha de proporcionar el cuerpo apropiado para el ego que se reencarna. El tegumento psíquico para este ego está pronto, así como su forma psíquica, el molde antenatal sobre el cual ha de adaptarse la forma física. De algún extraño modo se preserva así, para la reaparición de cada hombre, el núcleo potencial exigido para el cumplimiento de la sentencia kármica. Aquí también, como sucede con la bellota, tenemos embebido en un pequeño objeto material, un modelo infinitamente diminuto y por completo invisible de la forma que ha de desarrollarse; y aquí igualmente es la fuerza vital de un plano invisible lo que impregna la mera materia y le da la vida. Y así, por medio de agencias materiales, pero por una influencia extramaterial, se prepara para cada alma, cuando la reencarnación la atrae de nuevo á la tierra, la clase misma de cuerpo que se ha ganado; y así el cuerpo que cada alma lleva no es el padre de esa alma, sino su hijo.

Obsérvese en mayor detalle un aspecto de la materia que acentúa aún más la diferencia entre la Teosofía y el materialismo. El alma se sumerge en la vida física á fin de aprender por medio de ella todas las lecciones posibles de la experiencia. Evidentemente, una enorme serie de incidentes y relaciones viene á la existencia sólo por medio de la reencarnación. Imagínese un mundo de meros espíritus y se verá en él afinidades intelectuales, morales y espirituales, y tales afectos cómo ellas inspiran. Pero las afecciones distintivas de la familia — padre y madre, padre é hijo, hermano y hermana — no existen, ni tampoco ninguna de las amenidades que proceden del sacrificio que gustosamente se hace en pro de un pariente. Ni tampoco podrían existir allí las innumerables enseñanzas hijas de la lucha con la desgracia, lucha por el éxito, sostenimiento del honor bajo la tentación, abandono del placer antes que del deber, amor por la justicia, contribución al espíritu público, cultura de los sentimientos de simpatía, aguzamiento de los poderes del ingenio, de la disposición y previsión, subyugación del deseo de la satisfacción personal cuando es perjudicial para uno mismo y para otros, adquisición del dominio propio bajo penosas presiones, adquisición de poder sobre las exterioridades, dominio de la naturaleza interna y externa. Todos estos logros y sus colaterales son extraños á un ser en circunstancias en que no se requieren, y sin embargo, ningún ser puede perfeccionarse si no forman parte

de su bagaje. De aquí que sea imperativa la estancia en la vida material, que es la única que puede hacerlos posibles, y así un Adepto verdadero — y nada por debajo del adeptado llena el ideal de la evolución — tiene que convertirse en tal por medio de la carrera humana que comprende muchas y variadas encarnaciones. Péro todo esto sólo implica que la materia es valiosa únicamente como instrumento, como canal, como medio para la evolución humana. Como dice Patânjali: «La naturaleza existe para la experiencia del alma.» Desde este punto de vista la materia no es el germen para el desenvolvimiento natural, del cual proviene la mente, el alma, el ser superior, sino que es el medio ambiente por el cual la mente, el alma, el ser superior obtiene experiencias que sirven para su vida independiente y antecedente, enriqueciéndola, sirviéndola y suministrándole todo el valor que contiene. Así sucede con la bellota; la corteza protectora, el suelo que la contiene, el sol externo, la lluvia que cae, sirven para proporcionar las condiciones y los auxilios que el principio de vida interior requiere. Para la Teosofía el mundo físico es, por lo tanto, sólo la corteza que se necesita para el realmente importante espíritu que encierra, y no, como para el materialismo, la realidad de la cual se desarrollan el pensamiento intangible, la imaginación y la aspiración.

Además, como consecuencia de ésto, llegará un tiempo en que la materia, como servidora del espíritu, habrá concluído su obra, siendo por esto sobreseída. Con las teorías materialistas esto no puede suceder nunca. Si no hay nada fuera de la materia y superior á ella, su retirada terminaría el drama de la vida. Pero nuestro punto de vista más elevado tiene en perspectiva un estado de la evolución en que todas las posibilidades limitadas de la contribución física, por muchas, por valiosas é indispensables que ahora sean, y que serán durante mucho tiempo aún, se agotarán. No habrá nada más que aprender de las encarnaciones. ¿Por qué, pues, habrían de repetirse? Lo que precisamente ocupará su lugar en una época tan distante ¿quién puede decirlo? Sin embargo, es inevitable, y así lo exige la razón, que un método de aprendizaje que ha dado todos los resultados de que es capaz, debe cesar, siendo reemplazado en la serie por otro que responda á nuevas exigencias. Y en ese tiempo más glorioso, un tiempo tan remoto en milenios y en desarrollos que ninguna facultad presente puede siquiera concebir lo que contendrán, nosotros — y también los filósofos materialistas que ahora no aceptan nada más allá de los límites de los sentidos — trazaremos juntos el largo sendero del alma á través de estados extraterrenos, y nos maravillaremos de que la realidad del mundo suprasensible haya sido jamás puesta en duda.

Del concepto de la realidad de la vida considerada aparte de la materia de la verdadera función del mundo físico, de la relación exacta de lo visible con lo invisible, inferimos desde luego la actitud de la Teosofía para con la existencia humana. Todo el universo material, con todo su contenido y todos sus procesos, es un escalón para un grado superior. La vida ha venido del más allá y pasa al través de este grosero estado para remontarse á una meta

más elevada. Las grandiosas concepciones y aspiraciones del hombre no proceden de un tronco terrestre, sino que tienen su origen arriba. Los objetos de la vida no adquieren su valor como finalidades en un método de mejoras sociales, sino como enseñanzas para el Ego y como contribuciones hacia una era en que habrá una emancipación mayor de las necesidades sórdidas. El deber humano no depende sólo de la aptitud ó de la bondad del espíritu, sino que comprende todo el circuíto de la carrera individual á través de muchas encarnaciones, de las cuales la presente es sólo una. El sentido moral no es un mero refinamiento de una civilización mejor, como los buenos modales y gustos delicados, sino que es la voz de Dios haciéndose oir por encima del clamor de los deseos y del egoismo. El instinto espiritual no proviene de los estados más etéreos de la materia, sino que se remonta en derechura al origen Divino de donde procede y hacia el cual aspira. La religión no debe tomarse como un compuesto de creencias, formas y ritos externos, y todos esos simulacros no tienen valor alguno, siendo lo único genuíno aquello que une el alma á Dios y hace que sus actos aquí sean celestiales en cualidad. Puede haber, debe casi seguramente haber una expresión de ella en forma externa, pero lo mismo que la bellota del árbol y que la del universo, la vida que mora dentro, el principio vital, distinto de la corteza que lo encierra, es lo que debe ser reconocido como su parte esencial. La Teosofía descarta las parodias de la religión, las cuales manchan demasiado á menudo las iglesias, suprime sus estrépitos y bambollas y sus falsedades, pone de manifiesto su poca sinceridad, sus necedades y desnaturalizaciones, y coloca en su lugar esas verdades eternas que no admiten componendas ni falsas apariencias, ni perversión, insistiendo en lo genuíno, en lo recto y sólido, como una prueba de valor espiritual. Declara en términos inequívocos la verdad de que la vida interna es ciertamente una *vida*, no un sentimiento, ni un espasmo, ni un rasgo decoroso, y que sólo es real cuando se apodera y domina al pensamiento y á las acciones diarias. Esta fuerza espiritual que procede de la cumbre de todo ser y que une á ésta al alma individual, es lo que eleva constantemente la naturaleza humana y á todos los que de ella participan á través de las etapas de la evolución, hasta que sean asimilados á lo Divino.

En el sentido más verdadero, el concepto teosófico ennoblece la materia. No echa á un lado las fuerzas invisibles como visionarias é indemostrables, ni por otra parte les imputa un origen tan por debajo de ellas como lo es la materia, sino que las exálta como la posesión más preciosa de la humanidad, y demuestra cómo la materia es el punto de apoyo para su adquisición y manifestación ¿Vale la vida la pena de vivirse? Esta pregunta suena ominosamente á nuestro alrededor, como la gran cuestión de una época de sentidos infatuados. No; no si la procreación y la riqueza, los altos cargos y los goces son sus objetivos. Si nada más elevado y más altamente satisfactorio que esto ha sido la razón para este vasto organismo de hombres y cosas, entonces, seguramente, todo el artefacto ha sido una equivocación y un fraca-

so. El resultado sólo se ha conseguido en parte, y en modo alguno compensa el sufrimiento. Pero si consideramos el sistema como un método de celestial origen, en el cual la vida carnal proporciona el fruto de la cultura generosa, noble esfuerzo, firme marcha hacia la perfección del motivo, del carácter, de los actos y del humano desinterés, todo asume un significado diferente. Las condiciones materiales de la existencia humana son condiciones para su progreso, proporcionando los medios para alcanzar una vasta extensión en conocimiento, en educación y en desarrollo. Como los pajes respecto de un rey, ellas derivan dignidad de sus funciones. No es pequeño honor ser servidores de un alto cargo, auxiliares de una misión soberana. Un átomo contribuye á que sea posible un adepto, la materia contribuye á producir un Maestro. Y desde este punto de vista todo el reino tangible de la Naturaleza es algo más grandioso y glorioso, más honroso y significativo que como límite de las potencialidades ó como origen del destino. Como vehículo del supremo poder, comparte su gloria.

Pero ¿no existe peligro de que la Teosofía misma, con su doctrina de átomos y de vida universal y de la inherencia del espíritu á la materia, pueda dar margen á un materialismo tan marcado como el de los hombres científicos? No lo creo, siempre que los hechos se expongan en su justa proporción, sin tendencia á los extremos. Sin embargo, en este asunto, como en cualquiera otro, los extremos se tocarán. En la religión, el que investiga la fe, se hace muchas veces más crédulo que el creyente dócil. En la ciencia, aquel que desacredita todo lo que no se demuestra, es con frecuencia el que se apoya con gusto en meras hipótesis. Y es natural que los teosofistas que consideran la Teosofía como una protesta, la lleven tan lejos que traspase el polo opuesto del diámetro y la aproximen al punto que combate. Algunas veces oimos á entusiastas de la Ley de la Naturaleza, tratando la ley como una fuerza por sí misma desarrollada, más bien que como una fuerza impresa por el Supremo Arquitecto en su obra. A veces los videntes sinceros de lo espiritual del universo, lo exponen tan antagónico á lo material, que hacen que lo material aparezca como origen, causa y génesis del mal: una renovación del concepto maniqueo y tan material como éste. Algunas veces se supone que el carácter individual del hombre impregna de tal modo los átomos transitorios de su cuerpo, que éstos, por más disueltos que se hallen en los elementos, albergan siempre ese carácter y lo propalan. Y hay diversos modos en que los teosofistas de mente no templada no guardan la *vía media* de la verdad y caen con exceso en el error. Esto es inevitable en todo movimiento, y sucederá siempre hata que cada creyente tenga buen sentido en sus juicios y equilibrio en la expresión, hasta que, en otras palabras, cada discípulo se convierte en un sabio.

Pero ninguna extravagancia de los individuos debe crear desconfianza hacia la gran verdad que hoy en día está atrayendo á los hombres sinceros á la conciencia de la realidad del mundo invisible é interesándoles en su estudio. El alma no puede encontrar alimento en el materialismo; clama por

su verdadera morada y sostenimiento. La teosofía declara esto sin reserva. Señala el origen de la vida, la naturaleza de la vida, el objeto de la vida, y en presencia de tal grandeza, concede á los asuntos más pequeños su interés menor. La tierra es valiosa como estudio y como estancia; está llena de cosas que pueden estimular á los que aprenden á medida que una y otra vez vuelven á la encarnación; sus muchas experiencias desarrollan en ellas esas cualidades que en su complemento constituyen riqueza eterna; pero la Teosofía no la estima por ella misma ni como morada. En el peregrino mismo están los elementos de las verdaderas riquezas; la existencia material sólo tiene por objeto el permitirle perfeccionarlos; ellos son los que permanecen cuando el universo se disuelve. Porque cuando llegue lo que es perfecto, entonces lo que lo es en parte desaparecerá.

Alexander Fullerton.



CÓMO SE ESCRIBIÓ «ISIS SIN VELO»

Publicado ya en nuestro idioma el primer volumen de esta notabilísima obra, y estando el segundo muy avanzado en su impresión, creemos de oportunidad para nuestros lectores el exponerles el fiel relato que el dignísimo Presidente de la S. T., coronel H. S. Olcott, colaborador-amanuense de su autora, H. P. Blavatsky, hace en su historia de la Sociedad Teosófica *Old Diary Leaves* (Hojas de un antiguo diario), de cómo se escribió esta obra monumental, cuyo mérito no fué nunca discutido ni aun por los más crueles enemigos de su egregia autora, relato tan curioso y tan altamente interesante que estamos seguros que llamará poderosamente la atención de nuestros lectores, aumentando por modo extraordinario su interés por esta obra, cuya importancia adquiere con ello mayores proporciones. He aqui cómo se expresa el coronel Olcott:

«ISIS SIN VELO» (1)

De cómo se escribió *Isis Sin Velo*, veamos qué reminiscencias puede la memoria sacar de la cámara oscura donde se guardan sus imperecederas negativas.

Si de algún libro hubiera podido decirse que ha formado época, éste sería uno de ellos. Sus efectos han sido tan importantes en un sentido, como

(1) *Old Diary Leaves*, vol. I, cap. XIII, pág. 202 y sig.

lo han sido los de la primera gran obra de Darwin en otro; ambos fueron marcas en el pensamiento moderno y ambos tendían á barrer las crudezas teológicas y á reemplazar la creencia en el milagro por la creencia en la ley natural. Y, sin embargo, nada había sido más ordinario ni menos ostentoso que el principio de *Isis Sin Velo*. Un día del verano de 1875, H. P. B. me mostró algunas hojas de papel que había escrito, y me dijo:

«Escribí anoche esto por una orden recibida, pero qué diantre va á ser no lo sé. Quizá sea para un artículo de periódico, quizá para un libro, quizá para nada; pero, sea como quiera, he hecho lo que se me ha ordenado.» Y puso las cuartillas en el cajón de una mesa y no se volvió á hablar del asunto en algún tiempo. Pero en el mes de Septiembre — si mi memoria no me es infiel — fué á Siracusa (N. Y.) á hacer una visita á sus nuevos amigos, el Profesor Corson y su señora, de la Universidad de Cornell, y la obra continuó. Me escribió que iba á ser un libro acerca de la historia y filosofía de las escuelas orientales y su relación con las de nuestro propio tiempo. Me decía que estaba escribiendo sobre cosas que jamás había estudiado y haciendo citas de libros que jamás había leído; que para comprobar su exactitud el Profesor Corson las había cotejado con obras clásicas de la Biblioteca de la Universidad, y había visto que eran perfectamente justas. Cuando volvió á la capital no se mostró muy industriosa en este asunto, sino que escribía espasmódicamente, y lo mismo puede decirse respecto de la época de su residencia en Filadelfia; pero un mes ó dos después de la formación de la Sociedad Teosófica, ella y yo alquilamos dos departamentos en 433 Oeste, calle 34.ª; ella en el primer piso y yo en el segundo. y desde entonces la escritura de *Isis Sin Velo* continuó sin interrupción hasta su conclusión en el año 1877. Durante toda su vida no había hecho ni la décima parte de tal cantidad de trabajo literario, y, sin embargo, no he conocido jamás redactor de un periódico diario que pudiese compararsele en su resistencia obstinada ni en su aptitud de trabajadora incansable. Permanecía sentada ante su mesa de escribir desde por la mañana hasta la noche y muy rara vez nos íbamos á acostar antes de las dos de la mañana. Durante el día tenía yo que atender á mis deberes profesionales, pero después de comer temprano, nos sentábamos júntos ante nuestra gran mesa de escribir y trabajábamos como si de ello dependiese nuestra propia vida, hasta que la fatiga corporal nos obligaba á parar. ¡Qué experiencia aquella! La educación de toda una vida de leer y de pensar fué para mi compendiada, comprimida en este período de menos de dos años. Yo, no sólo le servía de amanuense y de corrector de pruebas, sino que hizo de mí un colaborador; me hizo utilizar — así lo parecía — todo lo que había yo leído ó pensado, y estimulaba mi cerebro á resolver nuevos problemas que me presentaba respecto del ocultismo y de la metafísica, en los cuales mi educación nunca me había hecho entrar, y que sólo podía comprender á medida que se desarrollaba mi intuición bajo este proceso forzado. Ella no trabajaba con plan fijo alguno, sino que las ideas transcurrían por su mente como un manantial perenne, siempre rebosando su medida.

Tan pronto escribía acerca de Brahmâ como sobre el «Gato-meteoro» eléctrico de Babinet; tan pronto estaba haciendo reverentemente citas de Porfirio, como de algún diario ó de algún folleto moderno que acabara yo de traer á casa; así se ponía á adorar las perfecciones del Adepto ideal, como cambiaba repentinamente de tema y fustigaba al Profesor Tyndall ó á alguna doctrina de las que más aversión le producían. Todo venía confusamente mezclado como riachuelo incesante, cada párrafo completo en sí mismo y capaz de poder separarse del que le precedía ó le sucedía, sin perjuicio alguno. Aún tal como es ahora, y después de los numerosos arreglos que sufrió, el examen de este sorprendente libro lo demostrará así.

Si á pesar de todos sus conocimientos ella no tenía plan alguno, ¿no es esto una prueba de que la obra no era concepción propia suya, de que ella no era más que el conducto por cuyo medio esta oleada de esencia fresca y vital se derramaba en la estancada charca del pensamiento moderno? Como parte de mis ejercicios educativos, me decía que escribiera algo acerca de algún asunto especial, ya sugiriéndome los puntos salientes que debía de tratar, ya dejándome que hiciera lo mejor que pudiera con mi propia intuición. Cuando concluía, si no le gustaba, entonces, por regla general, empleaba un lenguaje fuerte, llamándome por alguno de sus nombres favoritos, propios para provocar impulsos homicidas: pero si me preparaba á hacer pedazos mi desgraciada composición, la arrebataba de mi mano y la ponía aparte con objeto de utilizarla más tarde, y después de esta compensación, hacía yo un nuevo ensayo. Su propio manuscrito era á veces digno de verse; cortado y remendado, vuelto á cortar y enmendar, hasta que si se ponía una página al tras luz se veía á veces que constaba de cinco, seis, ocho ó diez pedazos cortados de otras páginas pegados juntos, y el texto relacionado por medio de palabras ó sentencias interlineadas. Se hizo tan práctica en esta operación, que acostumbraba á menudo á ensalzar con buen humor su habilidad á los amigos que estaban presentes. Nuestros libros de referencias sufrían algunas veces la consecuencia de esta operación, porque los pegotes se hacían frecuentemente sobre sus páginas y en las bibliotecas de Adyar y de Londres existen libros que aún conservan tales señales.

Desde la época de su primera aparición en el *Daily Graphic*, en 1874, en toda su carrera en América se veía asaltada por visitantes, y si entre ellos daba la casualidad de haber alguno que poseyese conocimientos especiales sobre determinado asunto que tuviese relación con su esfera de trabajo, invariablemente lo aprovechaba, y á ser posible, le hacía escribir su opinión ó sus recuerdos para insertarlos en su libro. Entre otros ejemplos de esta clase se encuentran el relato de Mr. O'Sullivan de una sesión de magia en París; el interesante bosquejo de Mr. Rawsen sobre las iniciaciones secretas de los Drusos del Líbano; las numerosas notas y párrafos del doctor Alexander Wilder, que aparecen en la Introducción y en ambos volúmenes, y otros más que tanto cooperan al valor é interés de la obra. He conocido á un rabino judío que se pasaba las horas y las tardes enteras en su compañía

discutiendo la Kábala, y le he oído decir que, aun cuando había estudiado la ciencia secreta de su religión durante treinta años, ella le había enseñado cosas que ni siquiera había él soñado, arrojando luz sobre pasajes que ni aun sus mejores maestros habían comprendido. ¿Dónde había ella adquirido tales conocimientos? Que los tenía no cabía duda, ¿de dónde los había sacado? No de su institutriz en Rusia; no de ninguna fuente conocida de su familia ni de sus amigos más íntimos; no en los vapores y ferrocarriles que había frecuentado en sus correrías por el mundo desde la edad de quince años; ni en ningún colegio ni universidad, porque jamás se matriculó en ninguno, ni tampoco en las grandes bibliotecas del mundo. A juzgar por su conversación y costumbres, antes de emprender esta monstruosa tarea literaria, ella no había aprendido nada de esto en parte alguna, sino que cuando lo necesitaba lo tenía, y en sus mejores momentos de inspiración — si es admisible el término — asombraba á los más eruditos por su ilustración, tanto como deslumbraba á todos los presentes con su elocuencia y los deleitaba con su ingenio y sátira humorística.

Pudiera uno imaginarse al ver las numerosas citas de *Isis Sin Velo* que las había escrito en algún departamento del Museo Británico ó de la Biblioteca Astor, en Nueva York. El hecho es, sin embargo, que toda nuestra biblioteca efectiva apenas comprendía un centenar de libros de referencia Una vez y otra le eran traidos libros por Mr. Sotheran, Mr. Marble y otros amigos, y posteriormente le prestó unos pocos Mr. Bouton. De algunos libros hizo gran uso; por ejemplo, de los *Gnósticos*, de King; de los *Rosacruces*, de Jenning; el *Sod* y *Spirit History of Man*, de Dunlop; el *Panteón Hindo*, de Moor; los furiosos ataques de Des Mousseaux á la Magia, al Mesmerismo, al Espiritismo, etc., todos los cuales consideraba él que eran el demonio; las diversas obras de Eliphas Levi; los veintisiete volúmenes de Jacolliot; las obras de Max-Müller, de Huxley, de Tyndall, de Herbert Spencer y las de muchos otros autores de mayor ó menor reputación, pero que, sin embargo, no excedían de ciento como ya he dicho. Entonces, ¿qué libros *consultaba* ella y en qué Biblioteca penetraba? Mr. W. H. Bun preguntó al Dr. Wilder en una carta abierta al *Buscador de la verdad*, si era cierto el rumor de que *él* había escrito *Isis* para H. P. B.; á lo que contestó con toda verdad nuestro antiguo y querido amigo que era un rumor falso, y que sólo había hecho para H. P. B. lo que antes dejo referido; le había dado consejos excelentes, y, por consideración, había preparado el copiosísimo índice de unas cincuenta páginas de las pruebas de imprenta adelantadas que se le habían enviado con tal objeto. Esto fué todo. E igualmente sin fundamento alguno es el cuento con frecuencia expresado de que yo escribí el libro y ella lo corrigió, pues precisamente puede decirse más bien lo contrario. Yo corregí varias veces las páginas de su manuscrito y las pruebas; escribí muchos párrafos por ella, muchas veces solo dando cuerpo á sus ideas que entonces no podía expresar á su gusto en inglés (unos quince años antes de su muerte y antes de casi toda su carrera como escritora de literatura inglesa); la ayudaba á

buscar citas é hice otros trabajos puramente auxiliares; el libro es de ella sola, en cuanto se refiere á la personalidad en este plano de manifestación, y á ella corresponde toda la censura y alabanza que merece. Ella hizo época con su libro, y al hacerla, me hizo á mí — su discípulo y auxiliar — tan á propósito como se considere que soy para trabajos teosóficos durante los pasados veinte años. Entonces, ¿de dónde sacó H. P. B. los materiales que constituyen á *Isis* y que no pueden atribuirse á ningún otro origen literario? *De la Luz Astral*, por medio de los sentidos de su alma, de sus Instructores los «Hermanos», «Adeptos», «Sabios», «Maestros», como diversamente se les ha llamado. ¿Cómo lo sé yo? Trabajando con ella dos años en *Isis* y muchos más en otros trabajos literarios.

El observarla cuando trabajaba era una experiencia rara é imposible de olvidar. Nos sentábamos á los lados opuestos de una mesa grande, por regla general, y podía ver sus menores movimientos. Su pluma volaba sobre el papel, repentinamente se paraba, miraba al espacio con la mirada vacía del vidente, acortaba su visión como para mirar algo que se sostenía invisible en el aire ante ella y empezaba á copiar en el papel lo que veía. Concluída la cita, sus ojos volvían á adquirir su expresión natural, y continuaba escribiendo hasta que se detenía de nuevo con otra interrupción semejante. Me acuerdo perfectamente de dos ejemplos en que yo también pude ver y hasta coger libros de cuyos duplicados astrales había sacado citas para su manuscrito y que ella se vió obligada á «materializar» para mí, á fin de referirme á ellos al revisar las pruebas, por negarme yo á dar el «visto bueno» á las páginas, á menos que mis dudas acerca de la exactitud de su copia fuesen satisfechas. Uno de estos era una obra francesa sobre fisiología y psicología; el otro, también de un autor francés, sobre una rama de neurología. El primero era en dos volúmenes, encuadernado en piel; el otro en rústica como un folleto. Esto era cuando vivíamos en 302, Oeste, en la calle 47.ª, la una vez famosa «Lamaseria» y el cuartel general ejecutivo de la Sociedad Teosófica. Yo le dije: «No puedo pasar esta cita porque estoy seguro que no puede decir lo que usted ha puesto.» Ella replicó: «¡Ah, no me fastidie usted, está bien, déjela usted pasar.» Yo me negué hasta que finalmente dijo: «Bueno, estése usted quieto un momento y trataré de obtenerla.» La mirada perdida vino á sus ojos y enseguida señaló á un rincón alejado de la habitación, á un *étagère*, sobre el cual teníamos algunas curiosidades, y con voz hueca dijo: «Allí», y luego volvió en sí. «¡Allí, allí, vaya usted á buscarlo allí! Fuí y encontré los dos volúmenes que se necesitaban, que yo sabía no habían estado en la casa hasta aquel mismo instante. Comparé el texto con la cita de H. P. B., le demostré que yo tenía razón en mis sospechas de su error, hice la corrección en las pruebas de imprenta, y luego, por indicación suya, volví á poner los volúmenes en el sitio mismo del *étagère*, de donde los había cogido. Volví á sentarme y proseguí mi trabajo, y cuando, después de un corto rato volví a mirar en aquella dirección á los libros, habían desaparecido. Después de referir este relato (rigurosamente cierto) los escépti-

cos ignorantes están en libertad de dudar de mi cabal juicio; que buen provecho les haga. Lo mismo ocurrió cuando el *aporte* del otro libro; pero este quedó y está en nuestra posesión actualmente.

Las «copias» hechas por H. P. B. presentaban las diferencias más notables en distintas ocasiones. Al paso que el carácter de letra tenía siempre un sello especial, de manera que el que estuviese familiarizado con su letra podría siempre descubrir cualquier página dada como de H. P. B., sin embargo, al ser examinada con cuidado, se descubría por lo menos tres ó cuatro variaciones del estilo uno, y cada una de ellas persistía á través de varias páginas hasta que era reemplazada por alguna otra de las variantes caligráficas. Esto es, no se veía á menudo — nunca por lo que ahora recuerdo — más de dos de los estilos en la misma página, y aun estos dos sólo cuando uno de los estilos, que había ocupado cierta extensión del manuscrito, quizá durante una tarde ó media, era repentinamente reemplazada en la misma página por uno de los otros estilos, el cual á su vez transcurría durante el resto de la tarde ó de la siguiente, ó bien durante la «copia» de la mañana. Una de estas escrituras de H. P. B. era muy pequeña, pero clara; otra, atrevida y libre; otra llana, de mediano tamaño y muy legible, y la última de garabatos muy difícil de leer. Había también notable diferencia en el inglés de estos diversos estilos. Algunas veces tenía yo que hacer varias correcciones en cada línea, al paso que otras podía pasar muchas páginas sin encontrar una falta gramatical ó de letra que corregir. Lo más perfecto de todo era los manuscritos que le escribían mientras dormía. El principio del capítulo sobre la civilización del Antiguo Egipto (vol. I, cap. XIV, ed. inglesa), es un ejemplo. Habíamos dejado el trabajo la noche antes á las dos de la mañana como de costumbre; nos encontrábamos demasiado cansados para detenernos á fumar el cigarrillo de costumbre y charlar antes de separarnos; ella se quedó casi dormida en su sillón mientras yo le daba las buenas noches y yo me apresuré á marcharme á mi cuarto. A la mañana siguiente cuando bajé á tomar mi desayuno, me enseñó un montón por lo menos de treinta ó cuarenta hojas del manuscrito, preciosamente escritas, las cuales me dijo había escrito para ella un Maestro cuyo nombre no ha sido declarado hasta ahora, como ha sucedido con el de otros. Lo escrito era perfecto bajo todos conceptos y fué á la imprenta sin corrección alguna.

Ahora bien; era un hecho curioso que cada cambio en el manuscrito de H. P. B. era siempre precedido, bien de su ausencia por un momento de la habitación, ó bien de su caída en *trance* ó en estado de abstracción, cuando sus ojos sin vida miraban más allá de mí en el espacio, por decirlo así, y volvían á su estado normal casi inmediatamente. También se manifestaba un cambio bien claro de personalidad, ó más bien de particularidades personales, en su aspecto, expresión oral, vivacidad de maneras, y, sobre todo, en genio. ¿Recuerda el lector del libro *In the Caves and Jungles of Hindustan* (En las cuevas y selvas del Indostan), cómo la girante pitonisa salía precipitadamente de tiempo en tiempo y volvía, según se decía, bajo el domi-

nio de otra diosa? Con H. P. B. sucedía lo mismo, exceptuando la brujería y la danza vertiginosa: ella dejaba la habitación siendo una persona y volvía otra. No otra en el sentido de un cambio visible en su cuerpo físico, sino en las peculiaridades de los movimientos, lenguaje y maneras; con diferente claridad mental, diferentes opiniones de las cosas, diferente dominio de la ortografía inglesa, del idioma y la gramática, y diferente, pero *muy* diferente dominio sobre su genio, que en su estado mejor era casi angélico, y cuando peor, precisamente lo opuesto. Algunas veces mi estúpida incapacidad para dar cuerpo en el papel á las ideas que ella quería que vertiese, era dispensada con benévola paciencia; otras, por el error más insignificante, parecía pronta á montar en cólera y aniquilarme en el sitio. Estos accesos de violencia eran, sin duda alguna, explicables á veces por su estado de salud, y, por tanto, eran normales; pero esta teoría no es bastante, ni mucho menos, para explicar algunos de sus arrebatos. Sinnet la describe admirablemente en una carta privada como una combinación mística de una diosa y de una tártara, y observando su conducta en estos diferentes estados de ánimo, dice (1): «Ciertamente no tenía ella ninguno de esos atributos superficiales que se suponen siempre en un instructor espiritual; y el cómo podía ser bastante filósofa para abandonar el mundo por el progreso espiritual y capaz al mismo tiempo de entregarse al frenesí de la cólera por las más triviales contrariedades, fué un profundo misterio para nosotros durante mucho tiempo, etc.» Esto no obstante, con la teoría de que cuando su cuerpo estaba ocupado por un sabio tenía que obrar con la tranquilidad de tal y cuando no, no, el problema queda resuelto. Su siempre amada tía Mme. N. A. F., que la quería mucho y á quien ella á su vez quiso apasionadamente hasta sus últimos momentos, escribió á Mr. Sinnet que su extraña excitabilidad de temperamento, que seguía siendo una de sus características más marcadas, era ya manifiesta desde su más temprana juventud. Aun entonces era propensa á accesos de pasión indomables, y demostró una disposición profundamente arraigada á rebelarse contra toda clase de autoridad ó de dominio. «... La más pequeña contrariedad ocasionaba en ella un arrebato de cólera y á menudo un ataque de convulsiones.» Ella misma ha descrito en una carta á su familia sus experiencias psíquicas mientras escribía su libro:

«Cuando escribía *Isis* lo hacía con tanta facilidad que, lejos de ser un trabajo penoso, era para mí un verdadero placer. ¿Por qué he de ser alabada por ello? Siempre que *se me dice* que escriba, me siento y obedezco, y entonces puedo escribir fácilmente casi sobre todas las cosas: metafísica, psicología, filosofía, religiones antiguas, zoología, ciencias naturales y cuanto hay. Nunca me pregunto: ¿*Puedo* escribir sobre este asunto?... ó ¿me hallo yo á la altura de tal tarea? Sino que simplemente me siento *á escribir*. ¿Por qué? Porque *alguien que lo sabe todo* me dicta. Mi *Maestro*, y en ocasiones, otros á quienes he conocido en mis viajes hace años. Os ruego que no creáis que me

(1) *Incidents in the Life of Madame Blavatsky*, pág. 224.

he vuelto loca. Antes de ahora os he hecho alusiones respecto de ellos... Os confieso ingenuamente que siempre que escribo sobre un asunto que conozco muy poco ó nada, me dirijo á *ellos* y uno de ellos me inspira, esto es, me permite sencillamente copiar lo que escribo de manuscritos que pasan ante mis ojos en el aire, durante cuyo proceso no he estado jamás *inconsciente* ni un instante.»

(Se continuará.)



EL OCULTISMO Y LA CIENCIA

De *The Theosophical Review*, de Noviembre último, transcribimos los siguientes interesantes hechos, que vienen á confirmar las declaraciones del Ocultismo:

LOS DOS PLANETAS EXTRA NEPTUNIANOS DEL OCULTISMO

Los estudiantes de Teosofía que relacionan sus enseñanzas con las especulaciones de la ciencia más avanzada, tienen de tiempo en tiempo la satisfacción de ver los resultados de la investigación oculta más ó menos confirmados por los heraldos de la investigación ortodoxa, casi todos los cuales rechazarían con desprecio la ayuda de cualquier guía supranormal. Estos exploradores, al entrar en las regiones silenciosas de lo que se supone desconocido, se encuentran embargados en demasía por el interés de sus pesquisas para observar las huellas borrosas de otros que han pisado antes sus senderos. Un ejemplo notorio de la anticipación del Ocultismo en los descubrimientos científicos se acaba de demostrar ahora con respecto á los dos planetas extra neptunianos, cuya existencia está consignada en nuestra literatura teosófica. Acerca de este particular, será interesante para nuestros lectores repasar el libro de Mr. Sinnet, *The Growth of the Soul*. En el capítulo X, que trata del «The System to which we belong» («El sistema á que pertenecemos»), se encontrará la siguiente declaración:

La vida en Neptuno no está destinada á alcanzar niveles muy altos; pero por otra parte, este maravilloso organismo cósmico es especialmente interesante, por una razón astronómica. Relacionados en la evolución con Neptuno, hay, efectivamente, otros dos planetas pertenecientes físicamente á nuestro sistema, que aún no han entrado en la esfera de la investigación telescópica. Uno podrá ser descubierto al fin por los medios ordinarios; el otro se halla mucho más allá de los límites á que alcanzan los instrumentos físicos, porque no solamente su distancia es asombrosa, sino que la luz que lanza

por reflexión de la del sol, es excesivamente débil... A tal distancia, la luz del sol apenas se haría visible en la obscuridad; y por lo que hace al calor que necesita este lejano planeta, dependerá principalmente de influencias muy poco conocidas por la ciencia física de nuestra tierra.

Esto, en cuanto á los anales ocultistas; y ahora viene la confirmación. Esta puede verse en *Proceedings of the Royal Society of Edimburg* (vol. XXIII, pág. 370), contenido en un escrito leído recientemente ante la Sociedad, por el Profesor G. Forbes. En un extracto que apareció en *The Athenæum*, de Octubre 15, se dice que el Profesor expuso:

Los resultados de cálculos que según él determinan la existencia de un planeta desconocido mucho más allá de Neptuno, y que se mueve á una distancia mínima del sol equivalente á cien veces la de la tierra. Esto se funda en las distancias afelias de un número considerable de cometas cuyas órbitas se supone se han hecho elípticas por la acción perturbadora del hipotético planeta. Los hermosos cometas observados en 1264 y 1556, se creyó primeramente que eran idénticos, y se esperaba su vuelta hacia el año 1848, la cual, sin embargo, no se verificó. El Profesor Forbes indica ahora que el planeta en cuestión, que él cree realmente grande, aun cuando su luz ha de ser por supuesto muy débil á semejante distancia, alteró grandemente á la órbita del cometa de 1556, y que este cometa es, en efecto, idéntico al tercer cometa de 1844, descubierto por Wilmot el 19 de Diciembre de dicho año. Esta teoría se deduce del lugar calculado al supuesto planeta que considera situado á cosa de 181° de longitud.

Si los cálculos matemáticos han de ser ó no cofirmados alguna vez por la demostración visual de la existencia del obscuro planeta, es un buen punto sobre el cual puede especularse. Quizá haya la remota probabilidad de que oculte alguna brillante estrella, revelándose así objetivamente (si su posición pudiera determinarse con toda exactitud); pero las consideraciones de este género es mejor dejarlas para nuestros astrónomos.

¿NO HA DESCENDIDO EL MONO DEL HOMBRE?

Los hombres de ciencia de Alemania se hallan al parecer sorprendidos á última hora con la cuestión: ¿No ha descendido el mono del hombre? Los estudiantes de Teosofía no sólo están familiarizados desde hace veinte años con la cuestión, sino que la tienen tratada con gran detalle por H. P. Blavatsky en su más que extraordinario *magnun opus*, *La Doctrina Secreta*. Aunque en su obra sólo se hubiera ocupado de este punto, no por eso hubiera dejado aquélla de ser notable; pero visto que está erizada de cientos, si no es de miles de problemas de la misma naturaleza, se convierte (importando poco los defectos que se encuentren en su ordenación ó detalles, en su estilo ó en su erudición científica) en un monumento maravilloso de lo inesperado é inexplicable, para aquellos que empequeñecen su memoria á fuerza de pura ignorancia y prejuicios. Extraño es que en este nuevo conflicto oficial sea un

Hoeckel el que se lance á la lucha contra un Haeckel. Véase el siguiente párrafo del *The Morning Post* de Septiembre 25 (1901):

El sabio alemán Herr Hoeckel, después de numerosas investigaciones, ha sorprendido á sus compatriotas planteando el exacto antitesis de la teoría darwinista. Él no pregunta: «¿Ha descendido el hombre del mono?» Sino muy seriamente: «¿No ha descendido el mono del hombre?» Su argumento en favor del hombre degenerado convirtiéndose en mono, está basado en el hecho de que niños que se han perdido en regiones salvajes, en los bosques y en otras partes, privados de toda sociedad humana, han adquirido tendencias animales, como trepar por los árboles, cesar en el uso del lenguaje y recurrir á los alimentos primitivos para vivir. A la verdad, todas las observaciones del Profesor tienden á sugerir la idea de que el hombre no es una edición civilizada del mono, sino que el mono es la *descivilizada* edición del hombre.



BIBLIOGRAFÍA

El Poder del Pensamiento, su dominio y cultura, por Annie Besant, traducción española de D. José Melián. — R. Maynade, editor, 1901.

Poco podríamos decir en alabanza de esta interesantísima producción de Annie Besant que fuera nuevo para los lectores de SOPHIA, quienes antes de ahora han podido saborearla en sus columnas. Es seguramente uno de los más curiosos estudios psicológicos de la literatura teosófica. La obra que la autora dedica modestamente á los estudiosos del campo teosófico que desean aplicar sus conocimientos á la vida práctica, es un verdadero manual del pensador, una guía del intelectual; algo en suma, que no debe desconocer el público culto, sean cuales fueren sus ideas.

La edición de la obra forma un elegante tomo de la *Biblioteca Orientalista* (Tapinería, 24, Barcelona), cuyo precio es el de 2,50 pesetas encuadernado.

He aquí su índice:

ción.—Modo de fortalecer el poder del Pensamiento.— Cavilación: su significado y extirpación.—El Secreto de la Paz de la Mente.—Ayudar á otros por medio del Pensamiento.—Auxilio á los llamados muertos.— Trabajo del pensamiento fuera del cuerpo. — El Poder del Pensamiento combinado. Conclusión.



Ciencia oculta en Medicina, por Franz Hartmann.

Es una de las obras que hacen honor á la *Biblioteca Orientalista*, tanto por sus condiciones editoriales, como por la importancia del asunto que trata.

Hoy, que apartándose de prevenciones anticuadas háse iniciado el renacimiento del teosofismo medioeval, y con él la investigación de las obras casi desconocidas de los precursores de la química, los olvidados Paracelsos, Van-Helmont y demás filósofos científicos, la obra del eminente doctor alemán, viene á facilitar dicho género de investigaciones. Su obra es una excelente introducción al estudio de la Medicina de Paracelso en particular, y de toda la llamada ciencia oculta de la Edad Media en general. Su autor y su editor no han perdonado medio de hacer una obra completa ilustrándola con profusión de ideogramas y de símbolos herméticos, claramente explicados. Es, en suma, una obra de gran interés, no sólo para los médicos, sino también para el público en general, siendo así que señala á grandes rasgos vastísimos horizontes en el porvenir de la ciencia médica, cuyo campo puede extenderse mucho más allá del en que hoy está circunscrita, influyendo en el hombre á prevenir por la higiene de la mente y de la voluntad, los desequilibrios de orden moral y mental que, según Paracelso, son fecundos en gérmenes de los cuales provienen enfermedades físicas.

Entre otras materias, esta obra trata de las siguientes:

Anatomía del Hombre Interno.—Medicina y Religión.—Ciencia Mística y falso misticismo.—Requisitos para la práctica de la Medicina.—Los Cuatro Reinos y los Cuatro Elementos.—Estados de Conciencia.—Alquimia terrena.—Alquimia celestial.—Alquimia del Plano Astral.—Ciencia Médica y Sabiduría Médica.—Enfermedades Mentales.—El Cuerpo Mental.—Hipnotismo y Sugestión.—El Médico del Porvenir, etc., etc.

El precio es de 3 pesetas, encuadernado en tela.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.